S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

TELA DE ARAÑA



TELA DE ARAÑA



Tela de araña

Por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 15.366 - 1960
Número de Registro: 5.781 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

PRÓLOGO

El hombre se sentó en el fondo de la habitación, ante la mesa redonda, sobre la que se extendía un amplio plano de la ciudad. El hombre contempló largo rato los dibujos que señalaban las calles, avenidas, plazas y jardines. Luego marcó con un lápiz rojo, pintando una cruz gruesa, la situación de los edificios en los que se hallaban los bancos de la gran ciudad.

Una sonrisa se asomó, primero tímidamente, luego más vehemente y atrevida, a sus labios. Y utilizando un lápiz de gruesa mina negra, fue uniendo las cruces, entre sí, cruzando el plano con innúmeras rayas que fueron cobrando el aspecto de lo que realmente significaban:

¡Una tela de araña!

Con los ojos entornados y la misma sonrisa en la boca, el hombre dejó correr su imaginación por aquel plano, siguiendo las líneas, deteniéndose ante cada cruce y mirando otras secundarias, azules, que ya estaban marcadas y que sólo poseían una significación concreta para él.

Se le antojó entonces que la ciudad estaba bajo su mandato y que cuando aquellas líneas cobrasen vida, cuando los puntos azules comenzasen a funcionar, obedientes y sumisos a sus órdenes, toda la ciudad se vería envuelta por una enorme, gigantesca, disparatada tela de araña.

Y él estaba en el centro, como el insecto de ocho patas, inmóvil, pendiente de las vacilaciones o temblores de un hilo para acudir, presto, rápido, rapaz, hacia la presa que lucharía vanamente por escapar.

Lo curioso era que las presas previstas eran entidades importantes que, además de sus sistemas de seguridad, de los cuales se vanagloriaban, poseían el apoyo de la policía y, aún más, la ayuda de la invencible Spacial International Police...

Pero ¿qué le importaba al hombre todo aquello?

Conocía suficientemente las flaquezas de la naturaleza humana para saberse a salvo de cualquier peligro. ¡Serían los hilos los que funcionarían y no él!

Su posición estaría en el centro de la tela cuando la presa surgiese. Mientras, como las verdaderas arañas, se ocultaría en un sitio sólo conocido por él, en el más perfecto anonimato, donde nadie sospechase su presencia. Y desde allí, oscuro e ignorado, aparentemente inofensivo y tímido, dirigiría la más formidable coalición que contra las fuerzas de la ley se había llevado a

cabo jamás.

¡La tela de araña!



CAPÍTULO PRIMERO



L director tendió la caja de cigarros al joven:

—Fúmate uno, Robert —dijo, con una cariñosa sonrisa en los labios.

Bob Saltt tomó uno de los habanos, y utilizó el encendedor macizo que había sobre la mesa.

Era un joven alto, algo pálido, con un rostro agradable, ojos claros y cabellos rubios. Su traje estaba en buen estado, pero se apreciaba que su corte había pasado de moda.

También el director había encendido un habano y después de lanzar una bocanada de humo denso hacia el techo, dijo:

—Me alegro mucho de que salgas, muchacho. Estos seis años han debido parecerte largos; pero todo llega, incluso la libertad. Tu buen comportamiento ha acortado la pena en cuatro años, ya que fuiste condenado a diez por homicidio en segundo grado. Sé que mataste alocado, en un momento en que

te faltaba el valor y la serenidad para entregarte...

Sin cerrar los ojos, Bob revivió, en unos pocos instantes, las escenas que tantas y tantas veces habían desfilado por su mente y poblado sus sueños.

Se vio saliendo de aquella sucursal urbana del banco, con un maletín en una mano y una pistola en la otra: el maletín contenía ochenta mil créditos. La pistola once balas, que jamás debieron salir.

Pero dos de ellas salieron.

Al abocar en la calle, deseando llegar al coche que había aparcado un poco más allá, junto a los jardines vecinos del banco, un hombre se interpuso en su camino.

No era policía, sino un ciudadano cualquiera, uno de esos estúpidos que siempre están dispuestos a colaborar con las fuerzas del orden; uno de esos que corren, sin saber hacia dónde, cuando alguien grita "al ladrón", o que miran con ojos malignos a alguien cuyo aspecto no les gusta.

¿Por qué diablos apareció aquel tipo en aquel preciso instante?

Bob estaba contento y satisfecho de que el atraco se hubiera desarrollado sin que nada desagradable sucediese. Los empleados habían levantado dócilmente las manos y el cajero no había tardado ni medio minuto en abrir la caja.

Todos ellos eran gente consciente, de esa que sabe muy bien que la vida vale mucho más que los puñados de billetes que hay en una caja. Gente normal, como todo el mundo, que desean que nada ocurra, pero que se apartan del peligro dejando que la policía —para eso los pagan— resuelva los asuntos de los delincuentes.

Pero aquel imbécil tuvo que pasar por allí y creer que había llegado el momento de convertirse en héroe nacional. Seguro que ya se veía en la primera página de los periódicos y en las pantallas de televisión, admirado y sonriente, repitiendo hipócritamente las palabras que siempre se dicen en esas ocasiones:

—Me limité a cumplir con mi deber de buen ciudadano.

¡Buen ciudadano!

Un entrometido, un tipo que hubiera hecho mejor quedándose en casa aquella mañana o trabajando como otros lo hacían, sin soñar con medallas y parabienes que jamás iba a conseguir.

Porque lo que ocurrió, al intimidar a Bob, fue que desesperó a éste, haciéndole, obligándole a realizar lo que nunca había pasado por su imaginación.

¡Disparar!

Se vio acorralado, con aquel obstáculo humano en su camino. Y disparó, dos veces, como podía haberlo hecho hasta vaciar el cargador, deseando, más que matar, borrar aquella odiosa imagen que le cerraba el paso, haciéndole desaparecer fuera como fuese.

Pero habían sido las dos balas las que hicieron que el hombre se

desplomase, vomitando sangre como un cerdo...

Y entonces fue cuando Bob, aterrado, porque era humano en el fondo, ya que jamás pensó en convertirse en un asesino, se olvidó de todo menos del tipo que yacía a sus pies. Y soltando el arma y el maletín —lo que luego contó mucho en los argumentos que esgrimió su abogado defensor—, se arrodilló junto al hombre, llorando como un niño, suplicándole que viviese. Pero su arrepentimiento de nada sirvió, porque el hombre ya estaba muerto.

Diez años le habían salido: diez años que su buena conducta había reducido a seis... pero esos seis habían tenido para él la dimensión de seis siglos, de seis milenios, de seis eternidades.

El director le estaba hablando y Bob hizo un esfuerzo para prestarle atención, alejándose del mundo interior de sus recuerdos.

—... y espero que sabrás aprovechar la lección recibida.

—Lo haré, señor director.

—Eres joven, todavía no tienes treinta años. Con un poco de buena voluntad puedes olvidar todo esto y forjarte una nueva vida, lejos del erróneo camino que llevabas.

—Puede estar seguro que jamás volveré aquí, señor director.

—Eso me congratula, Bob. ¡Ah, otra cosa! Trajeron ayer un coche, el tuyo, según creo. Lo han dejado en el garaje y puedes cogerlo al marcharte.

Robert sintió algo en el pecho.

Pero dominándose dijo:

—¿No vino nadie en ese coche, señor?

—Sí. Lo trajo un empleado de un garaje de la ciudad. ¿Esperabas a alguien?

Saltt logró una sonrisa, merced a un gran esfuerzo, venciendo la tristeza que le había invadido.

—No, señor...

—Bien. ¿Te han dado todo lo que te pertenecía?

—Sí, señor.

—¿Te han pagado?

—Sí.

—¿Cuánto te han dado?

—Trescientos créditos, señor.

—Perfecto. No me queda ahora, muchacho, más que volver a recomendarte mucho cuidado: no olvides que estás fichado y que cualquier imprudencia te llevaría ahora a una pena de cadena perpetua o, si volvieras a matar a alguien, a la Cámara Electrónica.

Bob se estremeció.

Pero guardó silencio, con los labios muy apretados.

El director sonrió, benévolo.

—Pero yo estoy seguro de que no harás nada malo. ¡Buena suerte, Bob!

Y le tendió la mano.

Robert la estrechó calurosamente, abandonando el despacho. Fuera le esperaba un guardián que le condujo hasta el garaje.

Allí estaba su coche.

Robert le miró con ternura, encontrándolo aún en bastante buen estado, aunque, lo pensó con una sonrisa, Clara, lo había usado todo aquel tiempo y no era precisamente muy cuidadosa con los coches.

¡Clara!

Mientras ponía el vehículo en marcha, Bob hizo lo posible por recordarla con toda precisión, como la había visto, con los ojos abiertos o cerrados, en todas las noches que había pasado en la prisión.

Ahora era distinto y podía permitirse el lujo de verla de cualquier forma, ya que estaba cerca el momento de volver a tenerla entre sus brazos.

Porque ahora se casarían enseguida.

La muchacha le había sido fiel, de eso no dudaba ni un instante, y había venido a verle con bastante frecuencia, mandándole paquetes con chucherías que habían alegrado un tanto la pena desesperante del encierro. Lo que le extrañaba es que no hubiera venido a buscarle, como habían convenido, ya que ella, en su última carta, cuando ya supo que Robert iba a salir con libertad, le dijo que vendría a por él en el coche.

Cuando tras él se cerraron las puertas de la penitenciaría, respiró el aire a pleno pulmón. Aceleró, penetrando en la autopista, mirando al horizonte donde ya se veían las siluetas de los rascacielos.

Y se sintió dichoso, feliz, como si acabase de nacer de nuevo.

Se percató de que los modelos de los coches habían cambiado mucho, pero eso no le importó, no sintiendo ninguna envidia por los magníficos modelos que pasaban junto al suyo, como exhalaciones ultrarrápidas.

No los envidiaba, no.

Sólo quería llegar a casa, a la casa de Clara, que él había alquilado hacía mucho tiempo, cuando la boda parecía cosa de unas semanas, sobre todo contando con el maldito dinero de aquel banco.

¿Cómo había sido tan loco como para decidirse a realizar aquel peligroso robo?

Sin embargo, pensándolo fríamente, se decía, cada vez que lamentaba aquel asunto, que lo había preparado maravillosamente bien y que de no haber sido el hombre, todo hubiera salido a pedir de boca.

"¡Tengo que olvidarlo! —se dijo, furioso de pensar nuevamente en lo mismo—. ¡Tengo que evitar que se convierta en una obsesión! ¡Todo eso ha terminado ya para siempre!".

Sintiendo frío en las manos, pensó que Clara podía haber dejado los guantes en el depósito donde siempre los guardaba. Y tendió la mano, tirando del blanco botón de nácar, un poco más allá de la radio.

Los guantes estaban, sí, pero también había otra cosa: una pistola y un

sobre blanco.

Robert se estremeció.

Durante unos instantes, sin darse cuenta de lo que hacía, se quedó mirando el arma y el sobre. Hasta que un coche, que le seguía, le previno, con el claxon, que estaba impidiendo el paso de los demás vehículos.

Se dirigió hacia la derecha, parando el coche junto al bordillo.

Luego tendió la mano para coger el sobre, cuidadosamente, con la punta de los dedos, tirando de él; pero sin fortuna, ya que el revólver, que estaba sobre los guantes, resbaló, cayendo a los pies del joven.

Pero éste no lo cogió.

Miraba el sobre, dándole vueltas, intentando adivinar lo que podía contener, como si algo le previniese que allí había un peligro y la explicación de la ausencia de Clara a su salida de la prisión.

No había señas ni dirección alguna sobre el papel, pero aquello no tenía importancia, ya que Bob sabía que lo que había dentro le estaba exclusivamente dirigido.

Lo abrió, notando que las manos le temblaban, sacando el papel doblado que había en el interior y que nada más desdoblarlo le permitió reconocer la escritura desordenada y grande de Clara.

Querido:

Ya puedes imaginarte lo que me hubiera gustado ir en tu busca, para estrecharte entre mis brazos nada más salieses de ese horrible lugar. ¡Cómo te quiero! Pero aunque no he querido decírtelo hasta ahora, lo que tú temías ha ocurrido. Lewis no me ha dejado en paz ni un solo momento, aunque he hecho lo imposible por evitarlo. No me ha dejado, en el curso de estos seis años, ni a sol ni a sombra. Ahora mismo, cuando me disponía a prepararme para ir en tu busca, él se ha presentado, borracho como una cuba. Bebe mucho en estos últimos tiempos, diciéndome que no me dejaría ir a buscarte. Ha cogido un sillón y lo ha colocado ante la puerta, decidido a impedir que salga... ¿Hasta cuándo tendré que aguantarle, querido? Por fortuna, he pensado en el garaje y he telefoneado, diciendo que viniera un empleado. Lewis ha permitido que le diese la carta y que le dijese que llevara el coche a la prisión para que tú pudieras utilizarlo al salir... Lewis ha dicho que no pensaba moverse de aquí y que se quedaría toda la noche. ¡Ven pronto, Bob! ¡Deseo estar sólo junto a ti!...

CLARA.

Robert se mordió los labios.

¡Ahora se explicaba todo!

Desde hacía mucho tiempo Lewis, aquel imbécil, había empezado a rondar

alrededor de Clara. Pero él le había dado una paliza formidable, y por este motivo, estuvo por primera vez en la comisaría, junto a Lewis, en estado lamentable, teniendo que pagar una multa... pero contento de haber dado una lección a aquel donjuán de pacotilla.

Pero estaba visto que Lewis no tenía bastante.

Y mientras ponía el coche en marcha, fijóse en la pistola, estremeciéndose y recordando las palabras del director de la prisión, tomó el arma, guardándosela en su bolsillo de la americana, dispuesto a no utilizarla nunca.

También tenía que tener cuidado si seguía pensando en golpear a Lewis; aunque un buen par de puñetazos serían bastante para recordarle lo peligroso que era acercarse a Clara.

Aceleró, sacando del coche todo lo que este daba de sí. Penetró en la ciudad de modo distinto a como lo había imaginado: no fijándose en nada, con los labios apretados y maldiciendo cada vez que un semáforo venía a interrumpir su marcha hacia el Bronx.

Finalmente cuando penetró en su barrio, no tuvo más remedio, mientras buscaba su calle, que notar el profundo cambio que todo aquello había sufrido en los últimos seis años. Bronx Road había cambiado totalmente y ahora se había convertido en una amplia avenida, llena de imponentes edificios y de tiendas lujosísimas.

Torció a la derecha, a la altura de la Calle Ochenta y Tres, deteniéndose poco después ante el número 3003, donde Clara y él habían vivido.

Bajando del coche, miró hacia arriba, al piso segundo, viendo que las ventanas de su apartamento estaban cerradas, y las persianas también. Aquello le llenó el corazón de recuerdos que habían permanecido ocultos hasta entonces. Y mientras subía por las escaleras, respiró profundamente, como si deseara saturarse de aquel ambiente, del cual, tanto, tiempo estuvo alejado.

Subió por los viejos escalones, que resonaron bajo sus pies. Y cuando se encontró en el segundo rellano, se detuvo, respirando trabajosamente, como si le hubiera costado un esfuerzo enorme llegar hasta allí.

Caminó después por el largo pasillo, hasta detenerse ante la puerta del fondo, sobre la que había una “B”, descolorida desde el día que se pintó.

El corazón le latió al apoyar el dedo en el botón del timbre. Pero no produciéndose sonido alguno, pensó que el mecanismo debía estar estropeado y se decidió a golpear en la puerta.

Ésta cedió, abriéndose...

Sin saber qué hacer, Bob permaneció unos instantes ante la puerta, que se había abierto por completo, dejando penetrar en el interior del apartamento la luz de la escalera, ya que el “hall” estaba sumido en la oscuridad, debido a que las ventanas estaban herméticamente cerradas.

Le pareció oír algo, detrás de él, al otro lado del pasillo. Se volvió, comprobando que no había nadie y que él era el único que estaba allí.

Decidido ya, penetró en el cuarto, encontrando fácilmente la luz, ya que

conocía de memoria la situación de los conmutadores. El vestíbulo había cambiado un poco y Clara debía haber agregado aquellos muebles nuevos que él no conocía. También habían cambiado el plástico de las paredes.

No pudo evitar una sensación de indefinible felicidad al encontrarse de nuevo en su casa.

Luego, sabiendo que le faltaba lo mejor, avanzó unos pasos más.

—¡Clara! —llamó.

Pero nadie le contestó.

Pasando entonces al pasillo vio la luz que se filtraba por debajo de la puerta de la habitación que había sido la de la muchacha.

Una nueva oleada de inquietud se apoderó de él.

—¡Clara! ¿Dónde estás?

Avanzó un poco más, viendo que la puerta estaba cerrada, aunque recordaba perfectamente que se abría hacia afuera. Por eso, tendiendo la mano hacia el pomo, lo hizo girar...

Fue como si una avalancha procedente del otro lado se precipitase sobre él. Nada pudo hacer por evitar lo que se le echaba encima. Y perdiendo el equilibrio, cayó, sintiendo, al mismo tiempo que un peso enorme, el contacto desagradable de algo viscoso que le manchaba las manos.

Tardó poquísimo en ponerse de pie lográndolo, no obstante, con bastante esfuerzo, mientras se estremecía, al comprender que más de un cuerpo humano le había caído encima.

Se incorporó.

Y entonces, aterrorizado, vio los cuerpos de Clara y Lewis a sus pies, de los que había manado muchísima sangre, que aún se apreciaba fresca.

Percatándose de que el asesino debía estar aún dentro, ya que la sangre era reciente, sacó la pistola del bolsillo, penetrando en la habitación, loco de furor.

La estancia estaba completamente vacía.

Frunciendo el entrecejo, Robert, que temblaba de pies a cabeza, dióse cuenta de la espantosa lucha que debía haberse desarrollado en la alcoba. Los muebles yacían por el suelo, estando el lecho en desorden.

Un nuevo escalofrío le recorrió la espalda.

¿Quién los había matado?

Pero no tuvo tiempo para buscar una respuesta a las muchas preguntas que asaltaban su mente. Oyó pasos, demasiado tarde para hacer algo, viendo entrar en la estancia a tres hombres, uno de los cuales empuñaba una pistola.

—¡Policía! —anunció el recién llegado.

Bob se dejó desarmar, viendo que uno de los hombres hacía fotografías por doquier, tomándole a él y a los cadáveres como personajes centrales.

Entonces, desgarrador, nació el grito de su garganta:

—¡Soy inocente!

El policía le miró, con una sonrisa.

Dijo:

—Eso ya lo veremos después, muchacho. Alguien oyó los disparos y me avisó. Vine con los especialistas... tengo esa costumbre y no me gusta perder el tiempo.

Bob dijo:

—Acabo de salir de la prisión. Y soy ajeno a este suceso.

—¿Quién era ella?

—Mi novia.

El policía guiñó un ojo a los otros dos.

—Se comprende que un hombre reaccione así, aunque las mujeres olvidan fácilmente... Vamos, muchacho.

Las esposas produjeron un sonido siniestro al cerrarse sobre sus muñecas.

Con la cabeza baja, Bob salió, acompañado por los tres hombres. Había dos vehículos abajo y el policía hizo entrar a Bob en el primero. Luego se sentó al volante.

—Iremos antes a mi casa —dijo—. Tengo que hablar contigo.

Robert no dijo nada.

El mundo se había desplomado sobre él y ahora se daba cuenta de que una horrible fatalidad le había atrapado de una manera espantosa. No, no escaparía por muy inocente que, en realidad, fuese.

Cada paso que diera le conduciría, indefectiblemente, hacia la Cámara Electrónica.

CAPÍTULO II



RONTO se separaron los dos coches, y el del policía, a cuyo lado iba Saltt, sumido en hondas y desesperadas reflexiones, se dirigió hacia las afueras de la ciudad, tomando una pista secundaria que no tardó en conducirle ante una casa de dos pisos, de aspecto abandonado y sucio, donde el vehículo se detuvo.

—Baja.

Sólo entonces, al levantar la cabeza y tomar contacto con la realidad, Bob se volvió hacia el policía.

—¿Dónde estamos? ¿Para qué me ha traído aquí?

El otro sonrió.

Era un hombre bajo, regordete, y fuerte, con anchas espaldas y un rostro vulgar, coronado por un sombrero flexible que cubría una calvicie casi completa.

—Demasiadas preguntas para ser contestadas de golpe —repuso—. Vamos, hablaremos dentro mientras tomamos una taza de café. Aquí hace frío.

Y era verdad.

La mañana de aquel mes de noviembre ofrecía un cielo grisáceo, y fuera de la bruma de la ciudad, el aire era cortante como un cuchillo.

El interior de la casa respondía a la impresión desastrosa de su fachada y la habitación en la que penetraron estaba amueblada con sillones viejos, y rotos, desnudas sus paredes, cuyo papel pintado se había caído, hecho jirones. Había no obstante una chimenea que el policía encendió, cogiendo leña del depósito que aquella tenía al lado.

—Siéntate, muchacho. Voy a hacer un poco de café. Después hablaremos.

El joven siguió el y venir del hombre. Permanecía abstraído, totalmente entregado a sus pensamientos.

No encontraba salida alguna a su situación y maldecía su mala suerte, diciéndose que hubiera sido preferible quedarse cuatro años más en la prisión, evitando así lo que le iba a suceder.

Un agradable olor a café se extendió por la habitación. Poco después el policía llevaba una taza al joven, sirviéndose él otra y sentándose, con un profundo suspiro, en uno de los sillones.

—¡No hay derecho! —exclamó, con una expresión sombría en el rostro—. No hace día como para andar por aquí. ¿No crees que estaríamos mejor en un sitio cómodo y con una buena calefacción, muchacho?

—Sí —repuso el joven, sólo por no desairar al policía, y esperando que éste se explicase de una vez.

Y cuando el policía hubo terminado el café, haciendo chascar su lengua para expresar el placer que el brebaje le había procurado, volvióse, tendiendo el paquete de cigarrillos al muchacho.

—¿Puedes coger uno? —inquirió—. Lo lamento, pero, por el momento, no puedo quitarte las esposas.

—Puedo —repuso Bob.

El otro le dio fuego y Robert sintió el agradable sabor del tabaco, que en aquellos momentos actuaba como un sedante para sus nervios.

Fue entonces cuando el otro se decidió a hablar.

—Ahora ya estoy en condiciones de charlar, muchacho. Y estoy dispuesto a contestar a todas tus preguntas.

—Gracias, señor...

—Me llamo Hicks, Alan Hicks, y soy comisario de la Criminal de Nueva York.

—Bien, señor Hicks. Lo primero que deseaba preguntarle es por qué no me ha llevado a la comisaría.

—Porque deseaba charlar contigo.

—¿Puedo saber por qué?

—¡Desde luego! Tú, amigo Robert Saltt...

—¿Eh? —le interrumpió el joven—. ¿Conoce usted mi nombre?

—¡Naturalmente! No vas a creer que después de quince años de polizonte voy a ignorar ciertas cosas. Sé cómo te llamas y sé, además, que saliste, esta misma mañana, de la penitenciaría de Hudson, después de cumplir una pena de seis años por homicidio, pena que era de diez, pero que se redujo por tu buen comportamiento en la "trena".

—Es cierto...

—Y contestando a tu anterior pregunta, he de decirte que tu situación en estos momentos, frente a la ley, es bastante mala. Has salido de prisión y te encuentras mezclado el mismo día con dos asesinatos...

—¡Yo no lo he hecho!

—Un momento, un momento. Déjame, hablar y luego podrás hacerlo tú. Como inspector de la Criminal, yo te he detenido, empuñando un arma y junto a dos cadáveres. Uno era el de tu novia, la señorita Clara Dehalmer. El hombre era un tal Lewis Fornis. ¿No es cierto?

—Sí, señor.

—Bien. Veamos ahora los detalles del doble crimen. Primero: hemos encontrado en el asiento de tu coche una carta escrita por la chica, en la que te decía que Lewis la molestaba...

—¡Pero si no han registrado mi coche!

—Pero "lo sabemos". Por otra parte, lamento decirte que las balas que mataron a esas dos personas fueron tiradas con el revólver que encontramos en tu poder al irrumpir en tu casa.

Robert sintió una sensación dolorosa que le atravesaba el pecho.

—¡Yo no disparé con el revólver! ¡Se lo juro, señor inspector!

—No seas niño. Tus huellas están en la culata y además has dejado huellas en el piso. Por otra parte, tus manos están manchadas de sangre, así como tus ropas, lo que demostraría ante el más cegato de los jurados qué Lewis y la muchacha se lanzaron sobre ti para evitar la muerte.

—¡Al abrir la puerta los vi tendidos en el suelo!

—¿Piensas que alguien creería esa historia, hijo mío? Debías tener más experiencia, puesto que ya has pasado lo tuyo. Claro, la primera vez tuviste suerte, ya que el abandonar el dinero y el arma e inclinarte para auxiliar al tipo sobre el que disparaste, diste materia al defensor para demostrar al jurado que no habías obrado con premeditación y que el homicidio podía encajar

perfectamente en los calificados “por imprudencia”.

Hizo una pausa; luego dijo:

—Pero ahora es muy distinto y ningún abogado se atrevería a luchar contra los hechos.

—¡Yo no los maté!

Una sonrisa apareció en los labios del otro.

—Imagina, Robert, que yo te creyese, que hasta estuviera seguro de que no los habías matado. ¿Serviría eso de algo? Si yo fuera tan loco como para atreverme a defender tu presumida inocencia, tú irías a la Cámara Electrónica y a mí me enviarían a un manicomio. ¿No es cierto, muchacho?

Pero Robert no le oía. Su inocencia le golpeaba fuertemente en el pecho, acompasándose al alocado ritmo de su corazón.

—¡Yo no los maté! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. ¡No hay derecho que me imputen algo que no he cometido! ¡No quiero morir!

—Desde luego, muchacho. Pero ¿quién ha dicho que se te acusa?

Bob levantó la cabeza, con los ojos desmesuradamente abiertos, presa del asombro más gigantesco.

—¿Qué ha dicho usted? —inquirió, no dando crédito a lo que acababa de escuchar.

—Que nadie piensa acusarte de nada... a menos que tú lo desees expresamente.

—¡Yo no quiero volver a la cárcel!

—Cosa perfectamente lógica.

—Pero...

—Déjame hablar, Robert. Tú no quieres ir a la cárcel y yo puedo hacer aún más por ti: ordenar que “descubran” de nuevo los cadáveres y que nadie sepa lo que ha ocurrido allí.

—¡Pero usted fue con otros policías y sacaron fotos!

—De eso no tienes que preocuparte, muchacho. Esas fotos y otros detalles más como la pistola y la carta quedarán guardados donde nadie podrá hallarlos jamás. Por otra parte, yo te procuraré una coartada indestructible. ¿Qué te parece si yo dijese que te había encontrado antes de que entraras en la ciudad y que, reconociéndote, te había invitado a pasar la tarde en mi compañía, en mi casa?

—¡Sería una coartada maravillosa! Nadie podría demostrar que estuve en la casa...

—Un momento, muchacho. Nadie podría demostrar nada si yo ordenase que tus huellas de aquellas habitaciones desapareciesen, que las fotos se guardasen, así como la pistola y el mensaje. ¿No es cierto?

—¿No podía usted destruirlo todo?

Alan dejó escapar una risita breve.

—¡No eres tonto, muchacho! Pero ya comprenderás que eso no puede ser. Si se destruyesen las pruebas... ¿cómo ibas a obedecer las órdenes que se te

den?

Fue como el fogonazo de un “flash” en el cerebro de Robert.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que soy víctima de un chantaje?

—No exageremos, chico. Desgraciadamente, ¿de nosotros quién podría escapar, si alguien lo deseara, a un chantaje? Cada persona ha cometido algo desagradable, a veces sin darse cuenta de ello. Y si alguien conoce ese hecho... ¡qué fácil sería abusar de una debilidad cometida en un momento estúpido!

—¡Pero yo no puedo ser objeto de un chantaje! No tengo dinero y...

—Deja de preocuparte por el dinero y por lo demás. Ahora que ya conoces los hechos y sabes que si no aceptas lo que se te ordene estás irremisiblemente perdido... ¿cuál es tu respuesta?

—¿Qué debo hacer?

—Obedecer: eso es todo.

—¡Prefiero morir en la Cámara Electrónica antes de matar a nadie!

—No te pedirán que mates.

—¿Entonces?

El otro se encogió de hombros.

—No lo sé... muchacho. Pero no me has contestado aún.

Robert se mordió los labios.

Deseaba vivir, gozar de la libertad soñada desde hacía tantos años.

—Acepto —dijo.

El policía sacó la llave del bolsillo y le quitó las esposas.

—Lo esperaba —dijo—. Ahora iremos a mi casa donde pasaremos el resto de la tarde. Después ya veremos... quizá nos permitamos el lujo de salir a dar una vuelta esta noche. Olvidemos lo ocurrido y pensemos que unas horas de diversión nos sentarían bien.

Volvieron al coche.

Y mientras el vehículo se dirigía nuevamente hacia la ciudad, Robert, mirando de reojo al policía, se preguntó en las manos de qué monstruo había caído.

¿Quién era, en realidad, aquel hombre y qué perseguía?

Pero su sorpresa fue enorme cuando el otro, que parecía haber leído sus pensamientos, se volvió hacía él, sonriendo tristemente.

—Yo soy, como tú —dijo—, uno de esos hombres que cometió un día una estupidez... y que ahora tiene el resto de la vida para pagarla.

Bob sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

* * *

Mientras se ponía la corbata, Rogers Brody miró, por el espejo que tenía delante, el rostro contraído y la expresión de sufrimiento que tenía Thelma.

Se mordió los labios, deteniendo sus manos antes de formar el nudo, sintiéndose terriblemente desdichado y recordando que, gracias a su fuerza de

voluntad, sus compañeros le creían un hombre feliz, envidiando su matrimonio como uno de los que más llamaban la atención.

Thelma había sido algo maravilloso en la vida de Rogers: una aparición luminosa para un hombre que, como él, no se consideraba digno de aspirar a algo tan evidentemente hermoso como Thelma.

Él era un hombre arrogante. Cuando cinco años antes había ingresado en la policía, llamó enseguida la atención por su esbelta figura, por su fuerza física, por su rostro agradable que hacía que las mujeres le mirasen con complacencia. Pero al tercer año, cuando ostentaba ya los galones de sargento, una refriega, con unos borrachines de Harlem, le dejó aquella espantosa cicatriz en el rostro, que ninguna cirugía estética pudo borrar, quedando como un costurón rojizo y desagradable, que rompió toda la armonía del rostro.

A partir de aquel momento, Rogers luchó desesperadamente contra el complejo de inferioridad física. Consiguió vencerlo, en parte, pero siempre resurgió, sobre todo cuando el joven policía se hallaba ante un representante del bello sexo.

¿Cómo podía él, con aquel aspecto, atreverse a conquistar a una mujer como Thelma Koch?

Porqué ella era como una venus rubia, una extraordinaria mujer que hacía que todo el mundo se volviese para mirarla, sorprendidos de ver algo que no podía contemplarse muy a menudo.

Sin embargo, Rogers había logrado lo que parecía imposible. Y el día que salió de la iglesia del brazo de Thelma, todos los compañeros le envidiaron y él se sintió el hombre más dichoso del Globo.

Pero la felicidad había durado muy poco.

Ahora mismo, contemplando el rostro envejecido de su mujer, sus ojos brillantes, la curva osada de su seno, que una respiración trabajosa movía rítmicamente, él se preguntaba, lleno de indecible dolor, cómo era posible que una criatura tan perfecta como aquella estuviese atada de pies y manos por el peor de los vicios, el que hace torcer el gesto de asco a las personas normales y frunce el ceño de los hombres encargados de defender la ley.

Thelma era morfinómana.

Él no tardó mucho tiempo en descubrir su vicio.

Y por aquel entonces tuvieron unas escenas horribles, tempestuosas, aunque él terminaba por rendirse al saberla desgraciada hasta aquel punto. Por otro lado la belleza magnifica de Thelma era un arma contra la que Rogers, tarado por su cicatriz, no podía luchar.

Y por encima de todo, la amaba apasionadamente.

A partir del momento en que se vio obligado a aceptar lo irremediable, Rogers hubo de preocuparse por procurar la droga a su esposa. La morfina, sobre todo después de la ley que controlaba como nunca su producción, así como la de los demás estupefacientes, era un producto carísimo. Y Rogers no podía permitirse muchos lujos con el sueldo que ganaba.

Por fortuna para Thelma —¡y qué tristeza causó al policía el imaginar que ella se había casado con él por eso!—. Rogers podía, de vez en cuando, capturar a algún traficante, apoderándose del *stock* que éste guardaba y reservándose una parte que llevaba a casa.

Pero aquello se estaba poniendo cada vez más difícil. Y las crisis de Thelma, cuando le faltaba la droga, eran más frecuentes y fuertes que nunca.

Como ahora.

Volviéndose, después de haber anudado su corbata, el joven miró a su esposa que, tendida en el lecho, se retorcía presa de una inquietud que no podía dominar. Tenía las sienes empapadas de sudor, la piel blanca y macilenta, el brillo de los ojos apagados y la boca entreabierta, en un rictus triste que marcaba y subrayaba su indecible desesperación.

Se acercó al lecho, contemplando aquel cuerpo escultural. Un cuerpo hermoso, que en circunstancias normales gozaría de excelente salud mental. Y volvió a sentir pena, una pena intensa, al mirar cuán desgraciada era aquella maravillosa criatura.

Ella le miraba también, a los ojos, poniendo en ello toda la intensidad de su "sed", todo lo que de desesperación palpitaba en su cuerpo.

—¡No puedo más, Rogers!

Él asintió tristemente.

—Lo sé, querida...

Su cerebro funcionaba rápidamente.

Había oído hablar de un hombre que lo arreglaba todo, un misterioso personaje de los bajos fondos de la ciudad, a quién nadie conocía, pero al que podía encontrarse en un local de Harlem, a partir de las doce de la noche.

¿Y si aquel hombre pudiera resolver su problema?

Rogers sabía a lo que se exponía, ya que su deber hubiera sido, desde el principio, llamar al Instituto de Desintoxicación para que se llevasen a su mujer para tratarla convenientemente.

Pero ella, en los momentos de lucidez, cuando volvía a ser la Thelma que él amaba, le había hablado larga y detalladamente de lo que para los toxicómanos significaba la "cura" en uno de aquellos centros.

Le había descrito el lugar como un verdadero infierno, con sus largas horas de abstinencia, la necesidad de atar a los pacientes, la obligación de que un médico permaneciese allí, al lado de cada uno de ellos, suministrándoles tónicos cardíacos para que el corazón no fallase, desoyendo sus súplicas, no haciendo caso de sus amenazas, sordos a los gritos, a los alaridos de los que reclamaban, a cualquier precio, un poco de droga.

Y él, horrorizado, incapaz de concebir que Thelma pasase por aquel trance, había rehuido su responsabilidad, haciéndose el sordo a lo que su recta conciencia profesional no cejaba de exigirle.

—¡Querido!

—¿Qué, Thelma?

Ella dudó, pasándose la lengua por los cuarteados labios.

Luego, con un hilo de voz preguntó:

—¿No podrías...?

No hacía falta más.

Rogers se quedó mirándola, mientras su mente no dejaba de trabajar un instante. Se daba cuenta de lo que podía jugarse si tomaba la decisión que andaba rondando por su espíritu.

—¡Por favor, amor mío!

Y como él continuase inmóvil, no porque dejase de hacerle caso, sino porque estaba reflexionando, luchando contra los últimos argumentos que su conciencia, casi vencida, intentaba oponerle, ella dijo:

—¡Un poco, Rogers, querido! ¡Sólo un poco! ¡Tengo tantas ganas de librarme de esto! ¡Sólo un poco y te prometo que lo dejaré para siempre!

Eran las promesas de siempre, las súplicas archisabidas.

Se decidió.

Inclinándose sobre su esposa, le puso los labios sobre la fría y húmeda frente.

—No te preocupes, Thelma... Volveré pronto y te traeré lo necesario.

—¡Gracias, amor mío! ¡Te prometo que...!

—No prometas nada, cariño... ¡Hasta ahora!

Se puso la chaqueta del uniforme y salió de la casa. La ciudad estaba ya iluminada. Rogers debía hacer el servicio de noche, turno que le correspondía desde hacía unas semanas.

Fue directamente al comisariado para enterarse del sector. Como siempre, le tocó con su amigo Taylor, para una patrulla nocturna por Harlem.

Willie Taylor era un muchacho joven lleno de entusiasmo, dispuesto a luchar para abrirse camino en el cuerpo y conseguir unos buenos galones, aunque su interés radicaba en la Brigada Criminal.

Al abandonar la comisaría y mientras subían por la Sexta Avenida, el joven le dijo:

—¿Te has enterado del doble crimen de esta mañana, Rogers? —inquirió, mientras conducía el vehículo oficial.

—No. ¿Qué ha sido?

—Una pareja asesinada en Bronx.

—¿Quiénes eran?

—No se sabe aún con certeza. Ella y él se entendían... pero alguien llegó y se los cargó limpiamente.

Estaban llegando a Harlem.

Rogers dijo:

—Tengo que hacer una visita aquí cerca, muchacho. Tardaré poco. Déjame en la esquina de la ciento treinta y seis.

—Bien, sargento.

CAPÍTULO III



I no me hubiera casado con un borracho como tú...!

Duff, sentado en el sillón situado en un ángulo, tenía los ojos inyectados en sangre, y por entre los labios gordezuelos, una saliva espumosa salía a cada expiración.

Ella le miró, con asco.

—¡Ay, si hubiera tenido veinte años menos! Todo sería distinto.

Volvióse hacia el espejo del armario, único mueble decente en la habitación, echando una ojeada escrupulosa a la imagen que de su cuerpo le devolvía el cristal.

Tenía cuarenta y seis años —ella no podía falsearse la cantidad a sí misma —; pero, después de todo, aún poseía una figura aceptable, y sus grandes ojos continuaban poseyendo aquel brillo intenso que tantos éxitos le proporcionaran años atrás.

¡Si al menos fuera vestida con decencia!

Llevaba años —¡muchos!— intentando convencer a Duff de que debía comprarle un abrigo de pieles. Naturalmente no se había atrevido, como hacían otras mujeres, a pedirle uno de “visón”. Conocía los ingresos de su marido y sabía que tal pretensión era una locura.

Pero al menos, un abrigo de piel... de lo que fuese. Algo que no la hiciera avergonzarse cuando se cruzaba con las vecinas en la escalera, de sus pobres abrigos de paño, que utilizaba siempre, cada temporada, como si no estuvieran dispuestos a desaparecer nunca.

Miró a su esposo.

No había en aquella mirada más que desprecio y asco. Hacía ya muchísimo

tiempo que el amor se había borrado del corazón de Katy Larsen.

—¡Borracho!

Él roncaba de una manera estrepitosa.

No pudiendo dominar su cólera, la mujer, después de pensarlo unos instantes, abrió el armario para coger uno de los abrigos que tanto odiaba. Luego abrió la pequeña caja metálica, apoderándose de todo el dinero que en ella había, no más de ochenta créditos. Y, decidida, abandonó su hogar, cruzando el patio a toda prisa. No pensó que las mujeres, al verla pasar, seguirían comentando la pobreza de sus vestidos.

Había anochecido ya y un viento húmedo y fresco venía del Hudson. Subiéndose el cuello del abrigo empezó a andar, sin saber hacia dónde, pero dándose cuenta, desde el principio, que un hombre bien vestido y de edad no muy avanzada, la estaba siguiendo calle arriba.

Al principio, Katy sintió cierto temor, pensando que podía tratarse de un hombre que buscaba lo que su bolso contenía; pero después, tras haberse parado ante algunos escaparates, para servirse de sus lunas como espejo, pudo verle mejor y tranquilizarse.

Era “todo un caballero”.

Debía tener unos cuarenta años. Era alto. Caminaba erguido, como alguien que está muy seguro de sí mismo.

Vestía bien. Su abrigo era de un corte impecable.

Katy terminó por sentirse hondamente halagada, prolongando sus paradas ante los escaparates y complaciéndose al comprobar que él, con una distinción indudable, se detenía, simulando interesarse por la circulación de la calle o encendiendo, por enésima vez, el cigarrillo que lucía en el extremo de su boquilla, indudablemente de oro.

La mujer olvidó sus cuitas, preguntándose por qué no podía haber tenido la suerte de ser la esposa de un hombre como aquel, que, sin duda, la hubiera lucido a su lado, cubriéndola de todo lo que un caballero pone a la disposición de una esposa a la que ama de veras.

Mientras Duff...

Contrajo el rostro, con desagrado, al pensar en el borrachín que había dejado roncando en su casa.

Y fue en aquel momento cuando el hombre se acercó, quitándose el sombrero y descubriendo, al mismo tiempo, una cabellera donde lo blanco cubría casi toda la mesa de alisados cabellos.

Un perfume correcto emanaba de su bien cuidada persona.

Dijo:

—Señora...

Ella se volvió, esforzándose por parecer normal, pero sin poder evitar que su corazón latiese con inusitada fuerza.

No sabía qué decir; pero, al fin, con un supremo esfuerzo, logró articular:

—¿Qué desea? Creo que no le conozco...

—Yo tengo ese honor, señora... aunque indirectamente.

—¿Cómo? ¿Me conoce, dice?

—Sí, señora Larsen.

La mitad de la ilusión que ella había puesto en aquel encuentro se vino abajo, desmoronándose como un castillo sobre la arena. Ahora empezaba a comprender que aquel caballero debía ser alguien al que Duff debiese dinero, ya que el borrachín de su esposo no dudaba en pedirlo a cualquiera con tal de que no le faltase una botella llena.

Pero él, como si adivinase su pensamiento, dijo:

—La conozco, señora Larsen... y comprendo su dolor, puede estar segura de que toda mi simpatía está dirigida hacia usted.

—No sabe usted el bien que me hacen sus palabras, señor...

—Me llamo Senverlin, pero puede llamarme Charles...

—¿Es usted francés?

—“Oui, madame...” —repuso él, con un acento galo que la encantó.

—También puede usted llamarme Katy...

—Es un nombre delicioso. ¿Qué le parece si fuésemos a cenar juntos, Katy?

Ella se sonrojó; luego, pasándose la mano por el abrigo, murmuró:

—No estoy vestida, señor... digo Charles...

—No se preocupe ahora de eso. Conozco un sitio donde cenaremos bien. Después tendremos tiempo de hablar de otras cosas.

Dos horas más tarde, un coche dejaba a Katy ante la puerta de su casa. Y cuando el elegante caballero estrechó su mano, ella dijo:

—Puedes contar conmigo, Charles.

Y se alejó corriendo.

Mientras el viejo ascensor la subía a la decimotercera planta, ella se sintió mucho más joven, llena de una alegría que no había experimentado desde hacía muchísimo tiempo, tanto, que lo había olvidado por completo.

¡Ahora tendría un abrigo... de visón! ¡Y unos vestidos estupendos! ¿Cómo podía haber pensado Charles que ella no aceptaría la sencilla misión que le había encomendado?

Duff dormía pesadamente su borrachera, en el salón. Pero Katy no le hizo caso. Y cuando se metió entre las sábanas de su lecho, cerrando los ojos, sus manos acariciaron el hilo de la tela que para ella poseía la categoría de una piel de visón, en el que ahora soñaba despierta.

* * *

Mientras, el elegante caballero, en el taxi que había tomado para acompañar a Katy hasta su casa, después de la opípara cena que le había ofrecido, ordenó al chófer dirigirse hacia Harlem.

Encendió un cigarrillo, recostándose en el asiento, diciéndose que todo aquello podía prolongarse mucho más si él hubiese tenido más suerte.

Pero...

Acarició el abrigo que llevaba, de la misma manera que Katy acariciaba, en sueños, el futuro visón.

También le hubiese gustado a Charles poder vestirse cada día de aquella manera. Pero estaba visto que cuando uno nace bajo una mala estrella, la vida se ceba en complicar las cosas hasta lo imprevisible.

Cuando el coche se detuvo en el sitio indicado por Charles, el francés pagó el importe, sin dar un solo centavo de propina. Y cuando iba a bajar, se precipitó de nuevo en el vehículo, cerrando la puerta, al tiempo que un joven policía, alto, con una cicatriz en el rostro, salía del bar.

El chófer se volvió, sonriendo.

—Vaya susto, ¿eh, amigo? No parece que esté usted en buenas relaciones con los polis...

Charles, sin contestarle, mascculló una barbaridad, bajando del coche cuando el polizonte se alejó calle arriba.

Momentos después penetraba en el local.

Era uno de tantos, con su barra al fondo y sus mesas repartidas por todas partes. Uno de los cientos de sitios donde la gente, al caer la noche, va en busca de un poco de alcohol y de algo de diversión... no siempre agradable y sencilla.

Y menos aún, sana.

Charles atravesó el espacio abierto, diciéndose que bien podría permitirse un trago, sobre todo después de la copiosa comida que se había permitido ofrecerse. Pero sabía que al "otro" no le gustaba esperar.

Había una puerta al fondo, y hacia ella se dirigió Charles.

—¿Se puede? —preguntó, al mismo tiempo que llamaba con los nudillos.

—¡Pasa!

Penetró en una estancia pequeña, cerrando luego la puerta. Había una mesa al fondo y sobre ella dos focos que apuntaban hacia la puerta, dejando en completa oscuridad a la persona que estaba sentada al otro lado.

Enfrente de la mesa había una silla.

—¡Siéntate! —ordenó la voz.

Charles obedeció.

No se sentía tranquilo en aquella estancia, a la que había estado viniendo con cierta frecuencia en los últimos tiempos, sin conseguir jamás ver nada "del otro lado de la mesa".

—¿Cómo han ido las cosas? —Inquirió la voz.

—Bien.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. Le he prometido el abrigo y unos vestidos.

—Eso no me importa. Háblame de lo otro.

—Bien. Le he dicho que tendría que desmayarse, imitando un ataque histérico.

—¿Le has dicho que le abriremos una pequeña cuenta?

—Sí. Estoy seguro de que hará cuanto se le diga.
—Yo también.
Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.
Y la voz, elevando el tono, preguntó:
—¿Quién es?
Alguien contestó al otro lado:
—Alan.
—Un momento.
Y bajando de tono, añadió:
—Lárgate, Charles. Y no olvides de quitarte el traje, el abrigo y los zapatos. Puedes dejarlos en tu casa hasta que te diga lo que has de hacer con ellos.
—Bien. ¿Puedo trabajar mañana?
La voz adquirió un tono violento:
—¿Estás loco? Te necesito para que hables con el cajero... pero no lo harás hasta que no te llame por teléfono. ¿Entendido?
—Sí... pero es que no me queda casi dinero.
La voz preguntó:
—¿Has gastado los cien que te di esta tarde?
—Llevé a Katy al “Star”...
—¡Demasiado lujoso! De todos modos...
Hubo un silencio; luego, un billete de cincuenta aterrizó sobre la mesa. Charles lo cogió, guardándolo en uno de los bolsillos.
—¡Gracias! —exclamó, con un brillo especial en los ojos.
—¡Lárgate y no te muevas de casa hasta que recibas noticias mías!
—Sí, señor —dijo poniéndose en pie.
—¡Sal por la otra puerta, imbécil!
—Perdón...
Se dirigió hacia la derecha, abriendo una puerta que daba directamente a un callejón.
Y cuando la puerta se hubo cerrado, la voz ordenó:
—¡Pasa, Al!
El policía apareció en el umbral, entornando los ojos para no cegarse. Sin decir nada, cerró y fue a sentarse en la silla, encendiendo un cigarrillo.
—¿Qué tal? —preguntó la voz.
—Todo en orden. El muchacho es nuestro.
—¿Y la pareja?
—Ha salido de la ciudad esta tarde. ¡Parecían cadáveres de verdad!
—¿Has hablado con ellos?
—No. Ha debido hacerlo Peter.
—Bueno, es igual. Lo que me interesa es que cumplan lo prometido. Yo les aseguré que les quitaría a Robert de en medio y que podrían irse tranquilamente de aquí.
—¡Lewis estaba muerto de miedo!

—Eso no me importa. ¿Y el muchacho?

—Se desplomó moralmente cuando le hablé de lo que había pasado. ¡Pobrecillo!

—Allá él. Para mí no es sino un imbécil más que ha creído en la palabra de una mujer, esperando que le fuese fiel durante seis años de condena. ¡El muy estúpido!

Hubo una larga pausa; luego, la voz, como si hablase consigo misma, añadió:

—Tenemos a la mujer, a Robert y al policía...

—¿Quién es?

—No te importa. Ahora me falta el cajero... y Charles se encargará de presentártelo. Quiero que le aprietes las tuercas.

—¿Hay algo contra él?

—No lo sé. Pero si no lo hay, lo habrá... ¿Hace tiempo que no visitas a tus amigas?

—Bastante. Desde que ingresé en la criminal... aunque siempre he estado en buena relación con ellas.

—Vete a verlas y busca una muchacha joven... lo más joven posible. Naturalmente, no deberá parecer lo que es.

—Comprendo.

—Vístela bien, decentemente... dale unas cuantas lecciones para que no haga el ridículo.

—¿Vamos a pagarla?

—Ofrécela cinco mil.

—Bien.

—Cuando la tengas preparada me llamas por teléfono. Y luego pasas con ella por "The Paradis", para que yo la vea. ¿Entendido?

—Sí. ¿Puedo preguntar algo?

—Desde luego.

—¿Cuándo va a dejarme tranquilo?

—Pronto, Al. Te devolveré, las fotocopias de los documentos en los que firmaste para garantizar tu colaboración con la banda de Luciano. Y entonces podrás considerarte tranquilo definitivamente.

Al lanzó un profundo suspiro.

Y la voz preguntó:

—¿Tienes ganas de librarte de mí, verdad?

—¡Desde luego!

—Un poco de paciencia y todo llegará. ¡Ah, se me olvidaba! Sabes ya lo del coche de Robert, ¿verdad?

—Sí, aunque el pobre muchacho no se merece...

—¡Déjate de sentimentalismos, imbécil.

Al cerró los puños.

Y como no despegase los labios el otro prosiguió:

—Tú cogerás la "cosa" una docena de millas antes de que tu compañero de

la situación del vehículo, ¿entendido?

—Sí.

—Y no creo que haya nada más. Lo único que me preocupa es la posibilidad de que refuercen, ese día, la guardia de policías... pero el otro me ha asegurado que distribuirá a los hombres de manera que no molesten nada.

Alan se había puesto en pie.

—¿Es eso todo?

—Sí. Puedes irte.

La puerta se cerró tras el policía.

Y cuando la habitación estuvo vacía, aparentemente, salió de la oscuridad una risita breve, cortante, satisfecha. La del hombre que un día, sentado ante un plano de la ciudad, había trazado un enjambre de líneas de colores.

¡Una tela de araña!

CAPÍTULO IV



UANDO un hombre ha cumplido la cincuentena y, con doble suela en los zapatos, mide un metro cincuenta y seis centímetros, pesando no más de cuarenta y ocho kilos, no puede hacerse ilusiones de lo que una mujer, por muy poco exigente que sea, puede experimentar si un sujeto de esas características se atreve a decirle algo.

Y ésa era la tragedia de Harry Olmer.

Treinta años atrás, cuando la juventud podía ser un aliciente para él y un atenuante para los demás, Harry se consideró fracasado, atado a una timidez que le sujetaba al suelo, impidiéndole cualquier decisión hacia el sexo opuesto. Después, a medida que, dedicándose a trabajar, había conseguido un puesto envidiable en una de las casas bancarias más fuertes de la ciudad, Harry, cuya experiencia había crecido con los años —él hubiera querido ser el que creciese—, se dijo que el dinero que ganaba y el que había logrado ahorrar, que no era poco, podían vencer sus defectos personales, ya que había llegado a la triste conclusión de que el dinero era lo más importante.

Pero varias experiencias amorosas le habían quemado las alas, como esos insectos que se acercan a la llama, quedando sus ahorros notablemente mermados, lo que le hizo retirarse definitivamente del mundo del amor, amargado con todos los tristes resultados que había obtenido.

No obstante, Harry sentía la llama que seguía ardiendo en él, maldiciendo el no haber aprovechado sus años mozos para casarse, como los demás.

Aquella mañana faltaba media hora para cerrar, contaba filosóficamente los fajos de billetes, preparándose para hacer el arqueo de la caja, cuando, de repente, una voz angélica sonó junto a él, al otro lado de la ventanilla.

—¿Señor...?

Se volvió, experimentando aquella dulce sensación que le invadía al ver cerca de él a una mujer hermosa.

Claro que ésta que le miraba ahora, con una sonrisa, era mucho más que hermosa.

Harry se quedó con la boca abierta, dominando con esfuerzo los temblores que la emoción ponía en su cuerpo.

Luego, dominándose, preguntó:

—¿En qué puedo servirle, señorita?

—Quiero cambiar este billete de cien en monedas de veinticinco.

—Naturalmente, señorita. Enseguida...

Ella tendió el billete que él cogió con mano trémula, sin dejar de mirarla, diciéndose cómo era posible que existiesen en el mundo criaturas tan preciosas y delicadas como aquella.

¿Cuántos años podía tener?

Parecía muy joven, pero seguro que tenía más de veinte... quizá veinticinco.

Pero como en todo hombre que lleva treinta años haciendo una cosa, los movimientos se convierten en reflejos, dejando muy poco espacio para la imaginación y el descuido.

Así, después de que sus manos tocaron el billete, sus ojos agudos se clavaron en él.

Y frunció el ceño.

Fue más profesional que humano cuando se acercó de nuevo a la ventanilla:

—Este billete es falso, *miss*...

Ella le miró con horror, haciéndole estremecer de pies a cabeza. Luego, sin transición, los hermosos ojos azules de aquella criatura se llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío! —exclamó, con una voz capaz de desgarrar el corazón de un hombre mucho más implacable que Harry.

—¿Qué le ocurre, señorita?

Ella tuvo que dominar el hipo que el llanto le había dado. Secóse los ojos y Harry se fijó en sus maravillosos labios, que ganaban mucho con la mueca, el mohín que los había fruncido, haciendo la boca mucho más pequeña.

—¡Soy muy desdichada, señor! He llegado hoy a la ciudad, para buscar trabajo... Cuando compré el pasaje del avión, en Chicago, me dieron este billete de cambio... y es el único que me queda.

Volvió a llorar, silenciosamente.

Harry sintió que el corazón le latía con intensidad. Echó una ojeada al reloj suspendido del muro del salón del banco; luego, bajando la voz, dijo:

—Vamos a cerrar enseguida, señorita... Veré si puedo arreglarlo... ¿Le importaría esperarme fuera diez minutos?

Ella asintió con un gracioso gesto.

Mientras se alejaba, Harry la contempló, sin poder separar los ojos de la grácil silueta de la muchacha, Dióse cuenta de que se había quedado con el billete, y estuvo tentado de llamarla, pero guardó el billete y terminó de hacer el arqueo, cerrando la caja seis minutos antes que de costumbre, tan aprisa había trabajado.

Una vez fuera del banco, vio a la muchacha, que aguardaba en la esquina, comprobando cómo los hombres que pasaban a su lado la miraban. Uno le dijo algo, pero ella se encogió de hombros, volviéndole la espalda.

¡Ah, sí él fuera joven y fuerte, alto como aquel joven que ahora corría tras un taxi!

Se hubiera encarado con el cerdo que molestó a la joven, dándole su merecido.

Pero dejó de pensar y buscar comparaciones a medida que se acercó a ella. Y cuando estuvo a su lado la saludó:

—¡Hola, señorita!

Ella le miró con los ojos muy abiertos, con una luz suplicante en las pupilas azules.

—¿Lo ha podido arreglar, señor? —inquirió, con voz trémula.

Harry dijo:

—De eso vamos a hablar enseguida... ¿Le agradaría comer conmigo, *miss*...?

—Me llamo Shirley Smith, señor...

—Perfectamente, Shirley. ¿Acepta?

—No sé qué hacer; la verdad es que...

—Venga conmigo, señorita. Almorzaremos juntos y tendremos tiempo de discutir sobre ese billete. Comprendo que le han hecho una mala pasada y es muy posible que esté al alcance de mi mano arreglarlo...

—¿De veras? ¡Es usted un sol! ¡Acepto encantada!

Y para subrayar su entusiasmo, se acercó a él, poniendo sobre sus arrugadas mejillas un beso que hizo estremecer al pobre Harry...

Aquella misma tarde había dado a la pequeña trescientos créditos, alquilado un hotelito para que ella pudiera estar decentemente... mientras preparaban las cosas para casarse.

Harry, cuando creía que jamás podría aspirar a lo que los demás tenían como derecho, quemaba las etapas, sintiéndose rejuvenecer, sin necesidad de probar suero alguno.

Ni menos aún: “jalea”.

Todo era de color de rosa para el cajero de la Work’s Bank.

Sí, todo era color de rosa.

Pero...

* * *

Atractiva, Thelma se acercó a su esposo, dejándose caer, a su lado, sobre la alfombra, apoyando su rubia cabellera sobre las rodillas del hombre.

—¡Qué feliz soy, querido! —exclamó.

Y como el silencio prosiguiese, ella, sin moverse, acurrucada a sus piernas, preguntó:

—¿No eres feliz tú, Rogers?

—Sí, lo soy, Thelma, Ya sabes que sólo soy dichoso cuando tú lo eres.

—¡Pues ahora lo soy!

—Lo sé, querida; aunque me gustaría...

Ella levantó la cabeza, extendiendo el brazo para taparle la boca con su mano.

—No digas nada, esposo mío... es mejor que el tiempo pase, ahora, de la mejor manera posible. No enturbies nuestra felicidad.

Rogers besó aquella mano que estaba junto a sus labios, respirando con fuerza, con ansia, el perfume que se escapaba de ella.

Se sentía feliz, sí, pero tenía que rechazar, cada vez con más fuerza, los reproches que su conciencia no dejaba de hacerle. El hombre de Harlem le había dado treinta dosis y él había entregado dos a Thelma, guardando el resto en el cajón del “secretaire”.

Bajo llave.

Como si la mujer leyese sus ideas, Thelma se puso en pie, apoyándose contra él.

—¿Has traído mucho, Rogers? —inquirió.

—Bastante.

—¡Qué feliz, me haces! Ya sé que es horrible, que no debía hablar así. Pero lo cierto es que te quiero mucho y que me siento horriblemente desgraciada cuando sé que me ves en ese estado...

—No hables más de eso, querida.

—Tienes razón. ¿Por qué no salimos esta noche? Hace mucho tiempo que no salimos juntos.

—Lo haremos mañana, Thelma.

—¿Por qué hoy no?

—Porque tengo que ir a pedir un servicio especial a la Comisaría.

—Comprendo. Anoche saliste y esta noche has de irte de nuevo.

—No hay más remedio, pequeña. Pero mañana por la noche estaremos libres y podremos ir donde desees.

—¡Qué bueno eres, Rogers!

Él se incorporó, dirigiéndose hacia la silla donde había dejado su guerrera. Se la puso. Luego se colocó la corbata, mirándose al espejo.

Thelma le contemplaba, sentada sobre el brazo del sillón.

—¿Sabes que tengo un marido guapísimo, Rogers?

Él sonrió.

—¿No lo crees? —insistió ella—. ¡Es el mejor mozo de toda la policía de Nueva York! ¡Estoy muy orgullosa de ti, amor mío!

Y se acercó a él, rodeándole el cuello con los brazos.

—Debo irme, querida... —dijo él.

Pero la mujer, cerrando los ojos y tendiendo los labios, musitó, con la boca cerrada:

—¡Hum! ¡Hum!

—Volveré al amanecer, sin duda...

—¡Hum! ¡Hum!

Rogers se sentía feliz. Y en aquel momento, viéndola tan hermosa, sintiéndola cerca de él, experimentaba una sensación de regocijo que le hacía olvidar el resto.

Hubo un instante en que, cosa que no le sucedía muy a menudo, pensó en su hermano Fred, miembro de la SIP. Y frunció el entrecejo, pensando lo que su hermano pequeño diría si supiese...

¡Fred, que siempre le había tomado por un semidiós, por algo fuera de serie!

Pero Thelma, siempre en la misma posición, insistió con más vehemencia:

—¡Hum! ¡Hum!

Y Rogers se inclinó, besando con fuerza los labios que tan generosamente se le ofrecían...

* * *

—Es ahí. No tienes más que llamar, muchacho...

Robert avanzó, golpeando la puerta con cierto temor.

—¡Adelante!

La estancia estaba fuertemente iluminada, dejando en la sombra la parte del fondo.

Saltt entornó los ojos.

—¡Siéntate! —ordenó una voz que parecía llegar del otro lado de la mesa, completamente sumido en tinieblas, imposible de distinguir por los dos focos que apuntaban al rostro de los visitantes.

Robert obedeció.

—¿Te ha acompañado Alan? —inquirió la voz.

—Sí, señor.

—Bien. ¿Te ha explicado lo que debes hacer?

—Sí.

—¿Lo harás bien?

Robert dudó; luego:

—¿Y si me cogen, señor? Todavía no hace tres días que he salido de la prisión y...

—No te preocupes. Cuando yo hago algo, no obro a la ligera. Además, ¿no te ha dicho Alan que no debías ir armado?

—Sí, me lo ha dicho.

—Eso te demostrará que nada puede ocurrirte. El coche lo dejarás en el sitio indicado. Entrarás sin tener que amenazar a nadie, irás a la caja y no tendrás más que tender la mano, cogiendo el dinero que ya estará colocado

allí. Cuatrocientos mil créditos en billetes grandes...

—¿No estarán marcados?

—Ése no es asunto tuyo, muchacho. Los billetes no estarán marcados ni registrados sus números, porque el cajero no tendrá tiempo de hacerlo.

—Bien.

—Meterás el dinero en el maletín, saliendo tranquilamente del banco y yendo hacía el coche. Subirás a él y te dirigirás hacía la 59. Cuando veas un motorista, con traje azul, tirarás el dinero y continuarás el camino, hasta que vuelvas a ver otro motorista. Él te dará instrucciones y diez mil créditos para que te alejes de Nueva York por una temporada. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—Está bien, Robert: puedes irte.

* * *

Katy vio entrar a Duff, tan borracho como siempre...

—¡Hola! —gruñó él, dirigiéndose al sillón de costumbre.

Ella no le contestó.

Dejándose caer en el asiento, hizo un esfuerzo para levantar sus párpados. Y cuando lo logró, miró con asombro a su mujer, que leía tranquilamente un libro.

—¿Estás enferma, Katy?

Ella guardó el mismo despectivo silencio.

Y Duff, meneando la cabeza dubitativamente, exclamó:

—¡Debes estar muy mala! Cuando no me gritas al entrar y no me llamas borracho es que estás enferma... ¡muy enferma!

Ella seguía leyendo.

Extrañado y alarmado al mismo tiempo, Duff se puso trabajosamente en pie, apoyándose en los muebles para avanzar hacia su mujer, que permanecía impertérrita, con el libro ante los ojos.

Después de haber dado varios traspiés, el hombre consiguió, apoyándose en el armario, asomarse sobre la cabeza de su esposa, echando una ojeada al libro, que parecía absorber toda su atención.

Era una revista de modas, donde se veían figurines con hermosos vestidos y abrigos de visón de gran lujo.

Resistiendo el hipo, Duff soltó una carcajada.

—¡Ahora comprendo! —exclamó, retrocediendo hacia su sillón preferido —. ¡Ahora comprendo! La señora se está preparando para hacer sus compras de invierno... Modelos de Curter y abrigos de visón... ¡Ja, ja, ja!

Ella se volvió, como si una serpiente la hubiese picado.

—¡Borracho! ¡Claro que tendré todo lo que desee! ¡Abrigo de visón y trajes y vestidos de Curter! ¡Pero no serás tú quien me los ofrezca, borracho! ¡Más que borracho!

Duff, que ya estaba en el sillón, entornó los ojos.

—Ahora, por lo menos —dijo al oír los insultos—, sé que no estás enferma...

Y lanzó su primer estridente ronquido.

* * *

—No —dijo Harry, señalando hacia la izquierda de la tienda—. Prefiero esos claveles rojos.

—Lo que usted quiera, señor —repuso la empleada, con una encantadora sonrisa.

Todo era encantador aquella tarde: las flores, las mujeres, la ciudad, el aire que venía límpido, del este, borrando de las calles la bruma sucia y pegajosa del Hudson...

El corazón de Harry Olmer.

Con el ramo de claveles, el hombrecillo salió de la tienda, yendo directamente al taxi que le esperaba junto a la acera. Dio la dirección al chófer y se acomodó en el asiento, respirando con fruición el aroma que despedían las flores.

¡Qué dichoso era!

Poco después, cuando despidió el coche ante el hotelito en East River, que ocupaba. Shirley, su corazón latía con un ritmo que le recordaba sus lejanos veinte años.

Atravesando el diminuto jardín, subió los cuatro escalones del porche que le separaban de la puerta, escondiendo entonces, o al menos intentándolo, el ramo a su espalda, mientras con la otra mano pulsaba el botón del timbre.

Oyó los rápidos y rítmicos pasos de “ella”.

¿Cómo era posible que él, cuando todo parecía huirle, pudiera pronunciar aquella hermosa palabra: “ella”, como un muchacho cualquiera?

Abrióse la puerta y Shirley, con una falda de tubo y una blusa que resaltaba aún más su belleza diabólica, se ofreció a los ojos, abiertos como platos, de Harry.

—¡Hola, querido!

Le besó... ¡en los labios! haciendo que se sintiese desfallecer.

—Pasa...

La puerta se cerró tras ellos y Harry mostró, con orgullo, el hermoso ramo.

Ella batió palmas.

—¡Qué preciosidad, cariño!

—¿Te gustan?

—¿Qué si me gustan? Voy a colocarlas en el jarrón. Luego, cuando cenemos, los colocaré en la mesa. Quiero que veas que voy a ser una mujercita como la que tú necesitas, quiero demostrarte que sabré serlo...

—¡Nunca lo he dudado, pequeña! —protestó él.

Ella colocó los claveles en uno de los jarrones, volviendo luego junto a Harry.

—¿Sabes que he recibido tu regalo, pillín?

—¿Sí?

—Esta mañana. ¡Qué traje de noche más divino! Ven conmigo... arriba.

Harry sintió que le temblaban las piernas.

—¿Arriba? —inquirió con voz ahogada—. ¿A tu cuarto?

—¡Claro que sí, tonto! Sólo voy a enseñarte el traje...

—Bueno.

La siguió, admirando su figura mientras subían la escalera. Luego, una vez arriba, hubo de apoyarse en la pared para dominar la emoción... y el cansancio de sus viejas y esqueléticas piernas.

La habitación de la muchacha estaba amueblada con gusto y él la miró con respeto y emoción, sintiéndose orgulloso de la confianza que ella le demostraba.

Había un hermoso traje de noche sobre el lecho, azul y diáfano, vaporoso como un sueño.

—¿No es precioso? —inquirió ella, acariciándolo levemente con las manos, como si temiese tocarlo.

—Me alegro de que te guste.

—¡Eres un hombre extraordinario Harry! ¡Y para demostrar mi agradecimiento, voy a ponerme este traje en tu honor...!

—¡No!

Ella dejó oír la cascada cristalina de su risa.

—¡No seas tímido, Harry, querido! ¿No vas a ser mi esposo?

—Sí, pero...

—Bueno, bueno... ¡Vuélvete de espaldas un momento, mientras me cambio! ¡Pero prométeme que no vas a mirar!

—¡Te lo juro!

Ella vio que el hombrecillo se volvía.

Entonces obró con rapidez...

* * *

Alan ofreció un cigarrillo a Pete, que estaba ante el volante.

—No, gracias —dijo este—. Hemos fumado ya bastante...

—Yo no —repuso Alan.

Pete esperó a que su compañero hubiera encendido. Luego preguntó:

—Estás nervioso, ¿verdad, Hicks?

Alan se encogió de hombros.

—No son nervios, Pete: es rabia. Tú y yo tenemos confianza y podemos hablar claro: ¡No sabes qué ganas tengo de librarme de todo esto!

—¿Crees que yo no?

—No lo sé, Pete. ¡Pero yo estoy hasta la coronilla! Y te juro que cuando acabemos este trabajo... ¡tendrá que darme lo que tiene!

Pete no dijo nada.

Y Alan, mirando a su amigo, preguntó:

—¿Cómo te pilló a ti?

Pete se encogió de hombros.

—Supongo —repuso después de un corto silencio— que de una manera tan estúpida como la que empleó para cogerte a ti. Fui el primero en llegar cuando el atraco a la joyería de la calle veintitrés, hace un año...

—Lo recuerdo.

—Los ladrones acababan de darse a la fuga y yo estaba solo, en un coche de patrulla. Penetré en la tienda. Había dos empleados sin conocimiento en el suelo... y entonces, sin saber por qué, pensando quizás en mi novia, cogí uno de los collares que había sobre un mostrador...

—Comprendo. Te vio alguien.

—¡Hubiera jurado que no! Pero a los pocos días, un tipo se me acercó, rogándome que le acompañase. Me llevó a un cuarto y me proyectó una película en la que se me veía perfectamente en el momento de coger el collar y guardármelo en el bolsillo.

—¿Qué hiciste?

—Puedes imaginártelo. Destrocé el aparato y quemé la película... Luego quise darle una paliza a aquel individuo.

—¿Se la diste?

Pete meneó la cabeza...

—No. Porque me dijo que había un negativo original del que podían hacerse mil copias... para todos los periódicos y para todas las centrales de policía de todo el país. ¿Comprendes ahora?

—Perfectamente.

Y echando una ojeada al reloj, dijo:

—Ya es hora, muchacho. Vamos a acercarnos.

El otro puso el vehículo en marcha.

Pero antes de arrancar preguntó:

—¿No te da asco esta clase de trabajo, Alan?

—¡No me hables!

Pete condujo, con mano segura, hasta detenerse casi junto al hotelito en el que, momentos antes, había penetrado Harry.

Y de repente, de la ventana iluminada en el primer piso, surgió un objeto, destrozando los cristales. Poco después sonó un escalofriante alarido de mujer.

—Ya está —dijo Pete.

—¡Vamos!

Corriendo hacia la puerta, de un empujón, hicieron saltar el débil pestillo que la cerraba. Luego, subiendo los escalones de cuatro en cuatro y con la pistola en la mano, llegaron al piso superior, penetrando en la habitación donde una muchacha, con las ropas destrozadas y llena de arañazos en los hombros, miraba, con indecible terror, a un hombrecillo que, al otro extremo de la habitación, estaba más blanco que el papel.

Dos minutos después, Harry Olmer, con las esposas puestas y sin comprender absolutamente nada, subía al coche de la policía...

CAPÍTULO V



PROXIMADAMENTE a la misma hora, pero lejos de allí, en Washington, un muchacho alto, rubio, fornido, de aspecto atlético, cruzaba la entrada de la Central de la Spacial International Police, caminando sobre el césped bien cuidado hacia el edificio, frente al portalón.

Y pocos minutos más tarde penetraba en el despacho del hombre más extraordinario de la época:

Donald Callowan.

Estrechando la mano del joven agente, Callowan le hizo un gesto, señalándole un sillón en el que el muchacho se acomodó, encendiendo un cigarrillo, mientras su jefe ponía la llama de un fósforo en un nuevo habano que había sacado de una caja que tenía sobre el despacho.

—¿Y ese viaje a Marte?

—Bien, señor. El asunto está terminado. Había un contrabando en el astropuerto, pero pudimos descubrirlo, como ya le comuniqué en el informe que le envié...

—Sí, ya sé.

El joven dudó unos instantes.

Luego, decidiéndose, dijo:

—Ahora desearía pedirle algo, señor.

—Tú dirás...

—He estado cinco meses fuera y querría ir a echar una ojeada a la familia.

—Perfectamente.

—Ya sabe usted que tengo un hermano en la policía de Nueva York.

—Sí, ya lo sé. Es mayor que tú, ¿verdad?

—Sí, señor. ¡Un muchacho estupendo! Lástima que se casara, porque pensaba convencerle de que se hiciese de la SIP.

Callowan sonrió.

—En todos sitios hacen falta hombres como tu hermano, Fred. Estoy seguro de que la policía de Nueva York no se lo dejaría arrebatar así como así.

—Es cierto. Rogers es un buen policía y la prueba es que le han ascendido a sargento en poco tiempo.

—¡Seguro que le espera un buen porvenir en la policía!

Fred movió la cabeza, sonriendo.

—Mi hermano es un muchacho con suerte. ¡Si viera usted a mi cuñada! ¡Es lo más bonito que se pasea por la ciudad!

—Me alegro, muchacho. Y respecto a tu permiso, considéralo concedido...

—Volveré pronto, señor.

—¿Quién ha dicho eso? Voy a darte quince días para que los pases con ellos.

—¿Quince días?

—Sí, hombre, sí. Has hecho un excelente trabajo en el astropuerto de Marte y te los mereces. ¡Saluda a tu hermano de mi parte, Fred! ¡Hasta la vista, muchacho! Y cuidado con las neoyorquinas... no es que yo diga nada del gusto de tu hermano; pero...

—Lo haré, señor Callowan... y muchas gracias por todo. ¡No hay nada que temer por lo que a mí respecta! ¡Hasta la vista, señor!

—Adiós, Fred.

Impaciente, Fred Brody tomó el cohete interurbano, con ganas de abrazar a su hermano, al que hacía una eternidad que no veía.

* * *

Anonadado, Harry se sentó en la parte trasera del coche, junto a Alan.

Pete puso el vehículo en marcha. Hizo sonar la sirena, más para intimidar al prisionero, que por necesidad.

En efecto, levantando la cabeza por primera vez, el hombrecillo miró al policía con los ojos dilatados por el espanto.

—¿Dónde me llevan? —inquirió, pálido como la muerte.

Alan sintió lástima de aquel pobre hombre, que acababa de ser víctima de una despiadada confabulación.

Pero, reprimiendo sus sentimientos, adoptó un tono profesional y cínico, como convenía a un policía que acabase de realizar una detención verdaderamente motivada.

—¿Y aún lo preguntas, granuja?

—¿Eh?

—¡Va cortarte caro el haber intentado abusar de esa joven! ¡No te dará vergüenza! ¡A tus años y con ese aire de hipócrita responsabilidad!

Los ojos de Harry se llenaron de lágrimas.

—¡Yo no hice nada, se lo juro, comisario!

—¡Inspector y gracias!

—No hice nada, inspector.

—¡No digas! ¿Entonces, los arañazos y las ropas destrozadas de esa pobre muchacha?

—Le juro que no sé nada, inspector. Ella me dijo de volverme mientras se probaba el vestido... Y yo obedecí. De repente, oí el ruido del jarrón que rompía el cristal y me volví al tiempo que ella empezaba a gritar como una loca...

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo sabes que lo que ella arrojó a la calle era un jarrón, si estabas vuelto de espaldas?

—Lo vi al volverme, señor inspector. ¡Puede creerme! Yo soy un pobre hombre que nunca hizo nada malo a nadie...

—Pues has empezado fuerte, amiguito...

—¡Por favor!

Alan pareció reflexionar, pasándose la mano por el mentón.

—¡No sé si me das asco o lástima! —dijo. Luego añadió—: Pero creo que voy a probar que la policía no hunde a un hombre así como así... ¡Porque si vamos ante el comisario, estás definitivamente hundido! Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, señor inspector. Sé que estoy definitivamente acabado.

—Espera un poco... voy a llevarte ante un amigo mío, muy influyente: una verdadera autoridad en estas cosas. Él decidirá.

Harry exclamó:

—¡Dios le bendiga, señor inspector!

—Espera y no vendas la piel del oso antes de haberlo cazado.

E inclinándose hacia el asiento delantero, ordenó:

—Vamos a Harlem, Pete.

—Sí, señor —repuso su compañero, diciéndose interiormente que aquella era la dirección que había tomado desde el principio.

Quince minutos más tarde, el vehículo se detenía ante el local, en la esquina este de la calle 125.

Alan dijo:

—Vamos. Entraremos por la puerta lateral. No quiero que te vean con las esposas.

Le llevó al callejón, llamando con algunos golpes recios.

—¿Quién es?

—Alan, señor.

—Deja que pase él solo, Alan. Espera en el bar.

—Bien.

Y volviéndose al hombrecillo, le advirtió:

—Voy a darte una oportunidad. Allá tú si no sabes aprovecharla.

—¡Muchas gracias, señor inspector!

Pero Alan le había abierto la puerta y empujado hacia el interior.

—¡Menos cuento, viejales!

Harry se detuvo en el interior de la habitación, entornando los ojos para resistir la fuerza de las dos luces que le daban en la cara. Estaba aterrorizado, considerándose completamente perdido y no sabiendo exactamente qué hacer.

—Siéntese, Olmer.

La voz parecía proceder de detrás de la mesa, de la zona sumida en una negrura que el vivo reflejo luminoso hacía más densa.

Harry obedeció, notando que le temblaban de tal manera las piernas que hubo de sujetárselas apretando contra los huesudos muslos sus manos, con toda la fuerza posible.

—No tema nada —dijo la voz, que poseía un tono fuerte y vibrante—. No va a ocurrirle nada.

Harry no se atrevía a hablar.

Estaba demasiado asustado para decir nada y aún pesaba sobre él la penosa impresión de los terribles instantes que acababa de vivir. Pero comprendiendo que había sido víctima de un engaño y que aquel hombre que se ocultaba bajo la cortina de luz debía ser un cómplice de la pécora, dijo:

—Sólo tengo diez mil créditos ahorrados. Usted mismo puede comprobarlo en el banco donde trabajo. No puedo darle más.

Una risa se dejó oír en el fondo de la estancia.

—¡Me hace gracia, Harry! ¿Se interesa alguien, acaso, por esos diez mil créditos? ¿Y si le dijese que si le han traído aquí ha sido para ofrecerle cuarenta mil más? ¿Qué le parecería? Porque con esos cuarenta, sus ahorros se elevarían a una cifra más redondita: cincuenta mil... ¿eh?

El hombrecillo no sabía qué decir.

Pero la voz, después de un corto silencio, añadió:

—Estoy seguro de que vamos a entendernos. Mañana, si los informes son ciertos, recibiréis en el banco un total de cuatrocientos mil créditos para el pago de las empresas cuya contabilidad laboral lleváis. ¿No es eso?

El asombro se pintó en el rostro de Harry.

—¿Cómo sabe usted eso? —inquirió.

—No importa. ¿Es cierto o no?

—Es cierto.

—Voy a seguir: las cosas suelen pasar así. Unos minutos antes de las ocho, un camión blindado y protegido llega al banco, pasando al interior la cantidad destinada desde la Central para el pago de las nóminas. El dinero es directamente entregado en caja; es decir, a usted, Olmer. Usted empieza a contarlo, dividiendo los billetes en grupos para el pago de las distintas sociedades, ya que los pagadores empezarán a llegar a las nueve y media.

“Una vez clasificados los fajos y separadas las nóminas de cada empresa, y son ya las nueve, usted aprovecha la media hora o tres cuartos que le quedan

para marcar rápidamente una docena de billetes de cada grupo, haciendo esto más por costumbre que por otra cosa. ¿Es así?

Harry estaba helado de terror, ya que le parecía que era él quien hablaba en vez del otro.

—Así es... —musitó, con un hilo de voz.

—Es decir, que si alguien llegase antes de las nueve y diez, hora en que usted ha anotado algunos de los números, ya que todos van en serie, generalmente, puesto que se trata de billetes grandes, podría coger ese dinero sin que fuese marcado.

—¿Eh? ¿No irá usted a proponerme?...

—Claro que sí.

Harry denegó con la cabeza.

—¡No y mil veces no! ¡No cuente usted conmigo!

Pero la voz que surgía de la oscuridad cambió de tono:

—¡Calla, imbécil! ¿Es que no conoces la pena que te caería encima por lo que has hecho?

—¡Yo no he hecho nada! El inspector...

—¡Idiota! El inspector dirá lo que yo le ordene. ¿Te das cuenta ahora? Y la muchacha está también de mi parte... Le he pagado yo, pero tú no podrás demostrar nada y pasarás el resto de tu asquerosa vida en la cárcel. ¿Te das cuenta?

¡Claro que se daba cuenta!

Porque, por encima del susto que tenía y de la desesperación que se iba apoderando de él, no dejaba de mirar fijamente la realidad, y ésta no podía ofrecer mayor negrura.

—Un hombre se acercará a la caja, a las nueve y cinco. Tú habrás dejado, como de costumbre, los fajos en el mostrador... al alcance de su mano. En ese momento ocurrirá algo que llamará la atención de todos los empleados de la sucursal, y tú podrás ir, como harías normalmente, para enterarte de lo que pasa. Mientras, el hombre se llevará el dinero sin que nadie se dé cuenta.

—¿Y la policía?

—¿Qué policía?

—Usted debe saber que los días en que el camión blindado trae el dinero, un sargento con varios números vigilan el banco.

—Claro que lo sé, pero eso corre de mi cuenta. Y tú, después de no haber hecho nada, recibirás, aquella misma noche, lo prometido. ¿Estamos de acuerdo?

Harry se pasó la lengua por los labios.

¡Cincuenta mil créditos!

Quizá con este dinero, que era una pequeña fortuna, podría poner un anuncio en una Agencia Matrimonial de confianza y lograr lo que había estado deseando toda la vida.

—De acuerdo —repuso, con un suspiro.

CAPÍTULO VI



L descender Fred del taxi, echó una ojeada de complacencia al hotelito en que habitaba su hermano. El jardín estaba un tanto descuidado, pero Fred pensó que estaban en invierno y que era muy posible que Thelma esperase un niño, lo que explicaba aquel ligero abandono de las plantas, muchas de las cuales se habían helado y ofrecían un pobre aspecto.

Con la maleta en la mano, cruzó la senda arenosa, subiendo los escalones y pulsando el botón del timbre.

Todavía no había anochecido. Un viento fresco venía del este.

"Pronto nevará" —pensó el joven, mientras esperaba.

La puerta se abrió poco después y Thelma, radiante y bella como nunca, apareció ante él.

—¡Fred! —exclamó, arrojándose a sus brazos.

La besó, cogiéndola por la cintura. Ella no cesaba de besarle las mejillas, dando curso libre a su llanto.

—¡Fred! ¡Mi hermanito! ¡Qué agradable sorpresa, Dios mío!

Estaba sencillamente radiante.

Una vez dentro, la mujer le obligó a sentarse, llevándose su maleta, para volver casi al instante.

—Tomarás algo, ¿verdad? —inquirió, dejándose caer de rodillas en la alfombra, ante él.

—Lo que tú quieras, Thelma. ¿Y Rogers?

—Está de servicio. Creo que ha ido a pedir un trabajo para mañana por la mañana.

—¡Lástima no haber llegado antes! Porque mientras venía en el cohete, pensaba alquilar un coche y llevaros mañana al campo.

—Quizá podremos hacerlo. Según me ha dicho tu hermano, su trabajo

estará acabado hacia las diez. Es una vigilancia de un banco o algo así.

—¡Estupendo!

Se la quedó mirando, profundamente contento de que Rogers hubiera logrado una felicidad tal. Thelma, sin ninguna duda, era una de las más hermosas mujeres que viera jamás, y toda ella exhalaba ese gozo íntimo que sólo puede sentir una mujer que es feliz con su marido.

—¿Te van bien las cosas, Fred? —inquirió ella, después de una pausa.

—No pueden ir mejor —repuso él—. ¿Y vosotros...?

Hubo una nube sobre el rostro radiante de ella, pero no duró más que un brevísimo instante.

—Todo muy bien, hermano.

Y sonriendo, al tiempo que se incorporaba, preguntó:

—¿Y tus amores, Fred?

Él sonrió a su vez.

—Ya sabes que los agentes de la SIP no podemos casarnos.

—¿No te parece demasiado cruel?

—No. Aunque en realidad podemos casarnos, pero al hacerlo se pasa, automáticamente, a servicios auxiliares o a fuerzas de policía corrientes. Creo que los que hicieron esa ley de soltería pensaban con la cabeza, Thelma.

—Es muy posible. Perdona, pero deseo verte feliz. Aunque estoy segura que lo eres ahora.

—Mucho. El trabajo acapara toda mi atención y la verdad es que no tengo mucho tiempo para pensar en otras cosas.

—Voy a prepararte una taza de té. ¿O prefieres café?

—Lo último me despabilará bastante. Por eso prefiero un poco de café. Esperaremos mientras, a mi hermano.

—No creo que tarde.

Y no tardó.

Aún no había abandonado Thelma la cocina cuando la puerta se abrió y Rogers, penetrando en el salón, miró a su hermano, con un sincero reflejo de gozo y de sorpresa en el rostro.

Se abrazaron.

—¡Caramba! ¡Caramba! —exclamó Rogers, sentado junto a su hermano —. Tenemos aquí al superpolicía. ¿Cómo va esa SIP, hermano?

—Mejor que nunca.

—¡Créeme que te envidio! ¡Con lo que me gustaba a mí viajar! ¿Dónde has estado últimamente?

—En Marte.

—¡Qué suerte! Después del viaje que Thelma y yo hicimos a Luna Término, cuando nos casamos, no hemos vuelto a subir a una astronave. ¡Y la culpa es de mi trabajo! No puedo contar con un día libre.

—¿Y las vacaciones?

—¡Bah! Cuando te las dan, te has convertido ya en un animal de rutina, incapaz, incluso en ellas, de dejar de pasar por delante de la puerta de la

comisaría, mirando incluso con envidia a los compañeros.

—¡Eso sí que es tener el oficio en la sangre!

Rogers se encogió de hombros. Luego preguntó:

—¿Vienes por muchos días?

—He logrado una quincena. De eso estaba hablando precisamente con tu mujer. ¿A qué hora acabas mañana tu trabajo?

—A las diez.

—¿Y lo empiezas?

—A las siete y media.

—¡Maravilloso!

Rogers frunció el entrecejo.

—¿Maravilloso? ¡No te entiendo, hermano!

—Pues está clarísimo. A las diez iré a recogerte, con un coche que pienso alquilar.

—Pero...

—¡Déjame hablar! Por la mañana, cuando vayas a hacerte cargo del trabajo, le dices a tu jefe que tu hermano ha llegado y que vas a estar dos o tres días con él. Luego, ya juntos, venimos en busca de Thelma y nos vamos por ahí, lejos de la ciudad, recorriendo unos cuantos pueblos y volviendo cuando queramos. ¿Qué te parece?

Fue la mujer, que empujando el carrito del servicio contestó desde la puerta:

—¿No es estupendo, querido?

—Desde luego.

Otra vez sorprendió Fred, en la mirada de su hermano, aquella sombra rápida que antes había visto en el rostro de Thelma.

Ella les sirvió, aceptando de tomar un poco de café con ellos; pero luego dijo:

—Voy a preparar la cena. Seguro que vosotros no me necesitáis.

Fred había encendido un cigarrillo y recostándose en el sillón, con una sonrisa en los labios, exclamó:

—¡Vives como un pacha! ¡Cuánto te envidio!

—No digas eso...

Rogers se había mordido los labios demasiado tarde.

Y el otro, incorporándose vivamente, miró a su hermano a los ojos, intentando leer lo que había detrás de ellos.

—¿Ocurre algo, Rogers? —inquirió, con una sincera ansiedad pintada en el rostro.

—Nada.

—¿Entonces...?

Rogers logró una sonrisa, a medias.

—Es el trabajo, Fred. Tú no lo entenderías... ya sabes lo que ocurre siempre. Hay gente buena y mala, incluso en la policía. Supongo que igual ocurre en la SIP.

—¿En la SIP? —y Fred rio de buena gana—. Te equivocas. Nosotros no tenemos ocasión de ser buenos o malos. La Escuela nos enseña que lo que tenemos que hacer es obedecer. Además, ya sabes que no hay grados en la Spacial International Police. Callowan sabe muy bien lo que se hace. Pero, por otra parte, si algo te va mal, harías bien en decírmelo: después de todo soy tu hermano.

Rogers golpeó la rodilla de Fred, con un palmotazo afectuoso.

—¿Crees que lo olvido, pequeño? —entornó los ojos—. ¡Pequeño! ¿Recuerdas que antes te llamaba siempre así?

—Y puedes seguir haciéndolo.

—Gracias.

La cena transcurrió tranquilamente y Rogers condujo después a su hermano a la habitación lateral del piso superior, deseándole buenas noches.

Encendiendo un cigarrillo, Fred se sentó al borde de la cama, intentando ahondar en lo que podían significar aquellos dos destellos apagados que había sorprendido en Rogers y Thelma.

Pero se repitió que era un estúpido. Y sin volver a pensar en ello se metió en la cama.

Rogers se estaba desnudando. Y Thelma, ya en su cama, le miraba, mordisqueándose las uñas, nerviosa, sin saber cómo iba a decir lo que afloraba ya a sus labios.

Hasta que se decidió.

—Quiero decirte algo, querido.

Rogers no se volvió, terminando de desatarse los lazos de los zapatos. Y con voz apagada preguntó:

—¿Qué?

—Mañana saldremos de viaje con tu hermano... unos cuantos días.

—¿Y qué?

—Tendré que llevarme “eso”... ya sabes...

Los dedos de Rogers temblaron imperceptiblemente.

—¿Podrás hacerlo mientras viajemos?

—Sí, ya me las arreglaré...

Él se puso en pie sobre la alfombra. No hacía falta que ella le dijese más. Y sacando el llavero del bolsillo de su pantalón, cogió la minúscula llave del “secretaire”, echándola sobre el lecho de su esposa, al alcance de sus manos.

—¿Te lo llevarás todo? —inquirió.

—No, sólo un poco...

Era una dolorosa conversación. Pero precisa de afrontar.

Sin embargo, Rogers preguntó:

—No habrás aumentado la dosis, ¿verdad?

Ella dudó un instante.

Luego, con voz insegura, exclamó:

—¡Claro que no, querido! ¿Qué te hace pensar eso?

Rogers no contestó.

Extendiendo la mano, apagó la luz. La droga había conseguido hacer mentir a Thelma, cosa que nunca había hecho.

* * *

Rogers se levantó muy temprano, sin despertar a Thelma, que dormía un tanto agitada y con un sudor que le perlaba las sienes. Estando ya acostumbrado a aquellas manifestaciones del "hambre de la droga", el policía se dirigió al cuarto de baño, tomando una ducha y cerrando totalmente la puerta de la reducida habitación para que el ruido del agua no llegase hasta su mujer.

Estaba hondamente preocupado por la inesperada presencia de Fred. Y aunque le gustaba ver a su hermano, hubiera deseado que su estancia no se prolongara más de un día, temiendo descubriera al fin la verdad de su vida.

Sería doloroso que Fred conociera el vicio que dominaba a Thelma. Y sólo de pensarlo se estremecía de horror...

Se vistió con rapidez. Salió de la casa sin hacer ruido. Y al llegar a la calle, el aire helado le azotó el rostro. Entonces recordó el servicio que se le había encomendado y su primera traición a la policía.

Se mordió fuertemente los labios, hasta casi hacerse sangre.

Poseía una de las más flamantes hojas de servicio de la Policía de la ciudad. Y ahora, cuando todo el mundo le miraba con envidia y haciéndole, a veces, experimentar un sano orgullo... ¡tenía que echar el borrón más espantoso sobre una manera de ser que había aceptado con una sincera idea del deber!

Tardó quince minutos en llegar a la comisaría del distrito, encontrando ya allí a los tres muchachos que se pondrían a sus órdenes. Estaban en la cantina, y Rogers lo aprovechó para desayunar. Sus hombres estaban haciendo lo mismo, charlando animadamente y contentos de aquel servicio que iba a dejarles la jornada libre, ya que terminarían muy pronto, en cuanto el dinero del pago de nóminas hubiera sido distribuido entre los correspondientes pagadores.

Después de desayunar salieron todos, tomando uno de los vehículos del parque y dirigiéndose al barrio donde se hallaba la sucursal del banco que tenían que vigilar.

Rogers, refrenando el odio que sentía hacia sí mismo, distribuyó a sus hombres, separándolos de la entrada, de manera que, creyendo vigilar los alrededores, no pudieran ver nada de cuanto ocurriera en el interior.

Poco después de las ocho, llegó un camión blindado. Y ante los ojos del policía, los hombres que iban dentro pasaron, al interior del edificio bancario, los maletines que contenían cuatrocientos mil créditos.

Rogers se estremeció.

Había visto llegar a los empleados y se preguntó quién había caído, como él, en la trampa de aquel misterioso personaje de Harlem, el hombre que hablaba tras el muro cegador de los dos focos.

Recordaba que aquel hombre le había asegurado que el robo se haría

limpiamente, sin ninguna violencia y que él debería limitarse a dejar salir a un hombre joven, con una maleta, sin detenerle ni importunarle.

Para algo le había entregado la “tranquilidad” de Thelma para todo un mes, prometiéndole que no le faltaría la droga.

¿Cómo se había enterado de qué Thelma...?

Se negó a seguir pensando, viendo partir al camión blindado.

Eran las nueve menos cinco.

Impaciente y con los nervios a flor de piel, encendió un cigarrillo, paseándose ante la puerta del banco, que no tardó en abrirse al público.

Vio entonces a los clientes más madrugadores, generalmente personas de edad que iban a retirar pequeñas sumas para pasar el resto de la semana, gente que luchaba con los centavos, llevando una contabilidad personal. También entró una mujer bastante bonita, aunque no era muy joven. Vestía un abrigo de paño y a pesar de haber sido cuidadosamente planchado, mostraba lo riguroso de los inviernos en Nueva York.

La mujer penetró en el banco, yendo directamente a formar cola en la sección de cuentas corrientes. Había sacado un cheque azul de su bolso pasado de moda. Y estaba nerviosa. Pero recordando perfectamente lo que iba a hacer... lo que debía hacer.

La imagen del elegante Charles no le había abandonado un momento y cuando pensaba en lo que el hombre le había prometido, aquella misma tarde, todo temor desaparecía como por encanto.

Las nueve y cinco...

En aquel preciso instante Robert Saltt detenía el coche al otro lado de la calle, a menos de quince metros, frente a la entrada del banco.

Bob estaba nervioso.

Todo aquello le recordaba su aventura de seis años antes. Y cuando vio al policía, enorme, con su uniforme, paseando ante la puerta del establecimiento, un estremecimiento recorrió su cuerpo.

No llevaba arma alguna y aquello le tranquilizó. Si algo fallaba y el policía le detenía, ¿qué podía importarle? Desde el mismo momento en que abandonó la prisión se había dado cuenta de que el mundo se había reunido contra él, como si el destino hubiera decidido perderlo definitivamente.

Sin embargo, el hombre de Harlem le había hablado claramente, asegurándole que nada podría ocurrir, ya que el asunto había sido estudiado detalladamente y nada podría fallar.

¡Ah, si él hubiera poseído una organización como aquella cuando se decidió a dar el golpe que le llevó a la penitenciaría!

Consultó el reloj.

Las nueve y nueve...

Era la hora y descendió del coche. A medida que se acercaba al policía, llevando la maleta en la mano, sus piernas perdían fuerza, como si se negasen a sostenerlo.

Un sudor pegajoso unía su ropa a la piel y sentía náuseas.

Cuando el policía se volvió un instante hacia él, clavando en su rostro la mirada de sus ojos profundos, Bob creyó que iba a desmayarse; pero el policía se volvió de espaldas.

Robert pasó a su lado, penetrando poco después en el banco.

Vio que la distribución de la gente era como el hombre se la había descrito. La caja estaba a la derecha, con un hombre viejo detrás, que no levantaba la cabeza de un libro grueso, donde estaba apuntando algo.

A la izquierda, estaba la cola de la gente que estaba ante la ventanilla de cuentas corrientes.

Tal y como le habían dicho...

Dio unos pasos, sin saber lo que hacer, porque esperaba que algo ocurriese, dejando libre la caja.

Había visto los fajos de billetes sobre el mostrador, al otro lado de la reja, pero perfectamente al alcance, a través de la ventanilla abierta.

Las nueve y diez.

En aquel momento, un alarido espantoso surgió de la gente que hacía cola. Y una mujer que llevaba un abrigo gris, pasado de moda, abrió los brazos, haciendo girar las pupilas en un movimiento circular escalofriante.

Sus brazos y piernas se movieron rápidamente, al tiempo que caía en los brazos de uno de sus vecinos de fila, sin dejar por eso de lanzar profundos gemidos.

Un empleado del banco abrió una puerta, desde el otro lado del mostrador, saliendo por ella, seguido por los demás. Los de la cola intentaban vanamente dominar el ataque de la pobre mujer.

Robert miró hacia la derecha.

El viejo cajero corría, también, como los otros, hacia la portezuela que había abierto su compañero, dejando sólo el dinero.

Había llegado el momento.

Venciendo el miedo, que le empapaba el cuerpo con aquel sudor frío, Bob se dirigió hacia la ventanilla, poniéndose de espaldas al grupo que rodeaba a la mujer. Y mientras colocaba los fajos, rápidamente, en la maleta, oyó, a su espalda, los comentarios que provocaba el hecho.

—¡Es un ataque epiléptico!

—¡Tengan cuidado, que no se muerda la lengua!

—¡Pobre mujer!

—¡No podemos sujetarla!

—¡Venga aquí, Harry, y sujétele la pierna!

—¡Qué fuerza tiene!

El sudor caía ahora libremente de la cabeza de Bob, corriendo por el rostro, procurándole una sensación desagradable.

Un fajo más, y otro, otro, otro, otro...

La maleta se iba llenando rápidamente. Y cuando la totalidad del dinero estuvo en ella, Bob la cerró, dirigiéndose a la salida, sin osar volverse.

Pero quedaba el policía.

Nunca supo cómo se atrevió a salir. Y cuando lo hizo, hallóse con el agente, que, por unos instantes, le miró fijamente. Luego, cuando Robert creyó que iba a desplomarse, el policía se volvió de nuevo, como había hecho la vez anterior.

Pero Bob había leído la duda y la desesperación en aquella fría mirada.

Cruzando la calle, el joven llegó hasta el coche, echando la maleta y subiendo al vehículo, que puso en marcha inmediatamente. Cuando estaba lejos del banco, respiró, moviéndose inquieto y molesto, ya que tenía la camisa pegada al cuerpo.

Luego sonrió.

¡Todo había salido perfectamente bien!

Desde luego, ahora sentía una admiración sin límites por el hombre que había sabido preparar un golpe de aquella categoría, de una forma tan formidable.

Siguió el itinerario que le habían marcado, saliendo a la carretera, donde aceleró, permitiéndose sólo entonces encender el primer cigarrillo del día.

Su miedo desapareció por completo.

Tenía ahora una confianza ciega en el hombre de Harlem. Porque se había dado cuenta de que aquel tipo sabía lo que se hacía.

Cuando vio al motorista, con un equipo azul, y su moto sobre la horquilla, a la derecha de la carretera, disminuyó la velocidad hasta detenerse junto a él.

En aquel momento se atrevió a sonreír.

—¡Aquí está la maleta! —exclamó, entregándomela al hombre.

—Gracias —dijo el otro—. Aquí tengo un paquete para usted. La dirección está escrita sobre él: es para un tipo de Nueva Orleáns, él le dará el dinero y su nueva documentación. ¿Sabe que tiene que largarse de aquí?

—Sí, ya lo sé.

El motorista le entregó el paquete y Bob puso el coche nuevamente en marcha, alejándose, silbando una vieja canción.

El motorista, mientras ponía el dinero en las bolsas de su moto, tiró la maleta entre las zarzas. No dejaba de mirar hacia el sitio por el que, a lo largo de una recta impresionante, se alejaba el coche de Bob.

Así, cuando vio la llamarada, seguida de la formidable explosión, viendo cómo se inflamaba el coche, un escalofrío recorrió su espalda.

Porque Charles Senverlin no estaba acostumbrado a entregar paquetes que contuviesen una bomba. No era su trabajo. Y si se había visto obligado a aceptarlo, era...

Pero mejor no pensarlo.

Montó sobre su vehículo, poniéndole en marcha hacia la ciudad, cuyos rascacielos eran como agujas en la línea del horizonte.

CAPÍTULO VII



UCHO dudó Fred, en la casa de alquiler de coches, hasta elegir una bella furgoneta, con seis asientos en la parte delantera y un depósito, con grandes ventanales, en su caja interminablemente larga y espaciosa en todos los sentidos.

Era un vehículo estupendo. Y cuando después lo llevó a una casa de Camping, adquiriendo todo lo necesario para poder vivir, en él, sonrió, contento de poder proporcionar a su hermano y a Thelma unos días que se le antojaban serían interminables.

Fue colocando los objetos adquiridos en la parte posterior del vehículo, ordenándolos cuidadosamente: tienda de campaña a un lado, sillas y mesita plegables al otro, conservas en cestas especiales, así como cubiertos y platos, servilletas, enseres que iban a servir para que Thelma les hiciese saborear comidas campestres, en los mejores paisajes que encontrasen en el camino.

También adquirió una canoa neumática, pensando que podría encontrar algún lugar donde poder pescar, cosa que le gustaba mucho.

Una vez hechas todas las compras, dióse cuenta de que eran las nueve y media, subiendo al coche para dirigirse al lugar donde debía encontrarse con su hermano. Cuando llegó, vio unos cuantos coches policíacos ante el banco, preguntándose si había ocurrido algo grave.

Dejando la furgoneta frente a la hilera de vehículos, Fred atravesó la calle, viendo entonces a Rogers, que salía del interior del edificio. Al ver a su hermano, el policía se abrió paso entre los agentes que frenaban a los curiosos, yendo hacia él.

Le cogió del brazo, llevándole a la otra acera.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió.

—Sí. Han robado; pero, según comunican las patrullas el coche del ladrón ha explotado, incendiándose.

—¿Entonces, ¿el dinero?

—Perdido para todos. No han encontrado más que restos carbonizados: debió arder como todo el resto.

—¿No puedes venir, verdad?

Rogers sonrió.

—Sí. Gracias a ese accidente. De otro modo, hubiésemos tenido que ponernos en marcha para capturarle... —miró el coche—. ¡Qué bárbaro! ¿Es que nos vamos a África?

Fred sonrió. Luego dijo:

—Quiero que pasemos unos días lo más lejos posible de aquí. ¿Te acuerdas de cuando me enseñaste a pescar?

—¡No lo he olvidado! ¿Qué tal lo haces ahora?

—Bastante bien. ¿Vamos?

—Sí. Espera, voy a decir a mis muchachos que pueden marcharse.

Volvió poco después, sentándose junto a Fred, que puso el coche en marcha.

—Thelma debe estar preparada —dijo.

—Seguro.

Guardaron silencio mientras se dirigían hacia la parte alta de la ciudad. Fred se dio cuenta enseguida de que la expresión del rostro de su hermano había cambiado y que ahora era ensombrecida, triste...

—¿Qué te ocurre, Rogers? —inquirió.

El otro se sobresaltó.

—¿Eh? —una forzada sonrisa se asomó a sus labios—... ¿Que qué me ocurre? ¡Nada, te lo aseguro!

Pero Fred, con voz grave le dijo:

—Tú me estás ocultando algo... Y haces mal, de verdad. ¿Es que no tienes ya confianza en mí?

—¡Claro que sí! ¡Qué cosas dices!

Fred no insistió.

Pero estaba seguro de que, por primera vez en la vida, Rogers no era el de siempre: el héroe del que siempre había estado orgulloso. Sin embargo, a pesar de estar seguro de que algo ocurría a su hermano, no llegaba a comprender de qué podía tratarse. Hasta el momento, Rogers poseía todo lo que un hombre necesita para ser feliz.

Cuando se detuvieron ante la casita que habitaba su hermano, Fred había recobrado su buen humor, diciéndose que, tarde o temprano, Rogers terminaría por hacerlo partícipe de sus cuitas.

Abandonando el coche, atravesaron el jardín, penetrando en la casa, cuya puerta abrió Rogers con su llave.

—¡Ya estamos aquí, Thelma! —gritó el marido.

Pero nadie contestó.

Y volviéndose a su hermano, que le seguía, dijo con una sonrisa y un guiño de complicidad:

—Tú tienes la suerte de no conocer a las mujeres, pequeño... ¡No sabes lo que para ellas significa el tiempo de "ponerse guapas"!

—Me lo imagino.

—Subo por ella. ¡Sírvete algo!

—Bien.

Se dirigía Fred hacia el mueble bar, pensando ya en aquellas estupendas vacaciones, cuando un rugido le llegó de la parte alta de la casa: una especie de lamento furioso e impotente.

Subió las escaleras de cuatro en cuatro, dirigiéndose hacia la habitación de su hermano, quien estaba junto a la cama, con los ojos inmensamente dilatados.

Thelma yacía en el lecho, completamente vestida. Llevaba un traje delicioso, que realzaba aún más su belleza natural, aunque ahora todo aquello no iba a servirle para nada.

Estaba muerta.

No había más que contemplar su rostro cerúleo, que brillaba intensamente y la expresión de estupor que había en sus facciones. Además tenía la falda levantada, dejando ver la pierna derecha hasta muy arriba. Y allí, clavada en la piel blanca, una aguja, unida a la jeringuilla, cuyo émbolo había sido impulsado hasta el final.

Una docena de ampollas vacías estaban en el suelo.

Para Fred fue como una horrible revelación. Y se quedó allí, parado, como si se hubiese convertido en una estatua, incapaz de decir o hacer nada.

Rogers se volvió hacia él.

—¿Debemos darte asco, verdad? —inquirió, con una infinita tristeza pintada en los ojos.

Fred movió la cabeza de un lado para, otro.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

Rogers se dejó caer sobre el lecho, cogida la cabeza con las manos.

—Yo no sabía nada, pequeño... Thelma no quiso explicarme nunca cómo adquirió el hábito a las drogas. La verdad es que yo pensé que sería sencillo quitárselo... estaba seguro de conseguirlo. Pero luego, poco a poco: fui dándome cuenta de que era difícil, imposible...

—¿Por qué no la llevaste tú mismo a uno de esos Centros?

—¡No podía! Era mi idea, desde el principio; pero ella, adivinándolo, me contó lo que pasaba en esos lugares, la horrible agonía a que están expuestos los que llegan, el sufrimiento indecible que experimentan, el horror de las largas horas, de los días y semanas, hasta que la desintoxicación es un hecho.

—Pero...

Rogers levantó la cabeza. Las lágrimas caían por su rostro descompuesto.

—Ya sé que ha sido mía la culpa, pequeño... ¡pero no tuve el valor de llevarla ni de suprimirle la droga! He hecho lo que tú no puedes imaginarte para procurársela. Y ahora, cuando ese canalla me había proporcionado lo que necesitaba, hundiéndome en el lodo... ¡No es posible, Dios mío! ¡No es posible que esto sea verdad!

—¿Qué hombre? —preguntó Fred.

Y en él se despertó en espíritu policíaco.

Y Rogers, sin levantar la cabeza, con frases sueltas, le fue contando todo, desde el principio, desde que alguien le dijo que un hombre poderoso podía procurarle cuanta morfina necesitase...

Hasta el robo del banco, que él había dejado realizar fríamente, dejando de cumplir con su deber.

Fred se pasó la mano por la frente, notando que la tenía fría como el hielo.

Tenía ganas de decir a su hermano —a su héroe— que se había portado como un cobarde, al no hacer frente a los acontecimientos, sin importarle y sin darles la cara.

Pero el otro debió leer sus pensamientos.

—Ya sé que me desprecias, pequeño... y lo comprendo. Puede decirse que

la he asesinado yo.

—No digas eso; pero ¿cómo comprendes su muerte? ¿Puedes aclarármelo?

Rogers señaló las ampollas vacías.

—Debió aumentar la dosis y, quizá, ponerse lo que iba a necesitar durante parte del viaje, de modo que tú no te dieses cuenta de nada...

Fred miró a la muchacha, sintiendo que una rabia incontrolable se apoderaba de él.

—¡No la has matado tú! ¡Ha sido ese hombre! ¿Quién es?

—No lo sé.

—No le viste, ¿verdad?

—No. Estaba tras la luz que me impedía verle.

—¿Y no piensas hacer algo?

Rogers se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga? Iré a ver al comisario general y le diré la verdad... me echarán de la policía y es posible que me encierren, acusado de complicidad.

Fred cerró los puños.

—No, no harás nada de eso, Rogers. Si mereces un castigo, y estoy tan convencido de ello como tú, tienes tiempo de recibirlo. Pero ahora, lo que urge es desenmascarar a ese monstruo que ha jugado, en la sombra, con tu vida, con tu honor y con la vida de Thelma.

—¿Y el médico que la verá?

—Hablaré por teléfono con Callowan y obtendré que me deje trabajar en este caso... ¡Te juro que ese tipo no escapará!

Rogers se puso en pie, poniendo las manos sobre los hombros de su hermano. Y lo consideró unos instantes, con una llama de orgullo en los ojos.

—Has crecido, Fred... ya no eres el de antes... Ahora te has convertido en un hombre, mucho más fuerte que yo...

—No digas eso.

—Es cierto. Tú me ayudarás a encontrar a ese hombre. Y aunque tenga que terminar mi vida en la cárcel, te juro que las pagará todas juntas.

—No te preocupes. Deja que la SIP me dé permiso para empezar las investigaciones. ¿Vas a llamar al médico?

—Sí.

—Le dirás que no certifique la muerte de Thelma hasta que yo haya terminado de llamar —abrazó a su hermano—. Comprendo todo lo que debes sentir, Rogers... pero ten un poco de paciencia. Iré a llamar desde la central, por cabina de línea oficial. ¡Hasta luego!

* * *

Rogers se inclinó, tomando un poco de tierra y lanzándolo al fondo de la fosa.

Un tétrico sonido hueco llegó hasta él.

Fred le imitó.

Luego los sepultureros empezaron a lanzar paletadas de tierra. La

profundidad de la fosa fue disminuyendo paulatinamente hasta que los hombres pudieron colocar la lápida.

Aquí yace Thelma Brody.
Su esposo Rogers
y su hermano Fred
no la olvidarán...

Los policías que habían acudido al entierro desfilaron delante de los dos hermanos, dándoles el pésame y alejándose luego.

Fred y Rogers se quedaron solos.

Mientras se dirigían al coche que les esperaba a la salida del recinto, no se dijeron nada. Pero una vez rumbo a la ciudad, Fred empezó a decir:

—Tenemos que encontrar a los que se vieron complicados en ese robo, Rogers. Ya sabes que he ido a la casa de Harlem, sin encontrar nada. La mesa había desaparecido y nadie sabe quién estaba detrás; es decir, encontré las huellas de una instalación electrónica, lo que me demostró qué el tipo hablaba por un micrófono y debía estar en la habitación superior, mirando por una rendija, que también encontré. No me molesté en buscar huellas dactilares, ya que no encontraría nada... estaba seguro.

—Debió enterarse de la muerte de Thelma.

—Desde luego. Y eso le hizo prever que nos íbamos a lanzar en su busca. Además si el asunto le ha salido bien, no tenía que hacer más que desaparecer.

Rogers preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—No te lo he contado, es verdad. Me presenté en los laboratorios de la policía, después de consultarlo con Callowan, y me autorizaron a que dos de los laboratorios de la SIP vieran los restos carbonizados.

—¿Y qué?

—Encontraron restos, cenizas, indudablemente humanas, lo que quiere decir que el desdichado que robó murió en la explosión.

—¿Y qué más?

—Las cenizas que dejan casi un millón de créditos en billetes de mil son bastantes... pero pensando podían haber volado, dije que buscasen los restos de la maleta... sobre todo el asa, que no podía desintegrarse así como así.

—¿La han encontrado?

—No.

—¿Y si salió disparada cuando el coche explotó?

Fred sonrió.

—Se han examinado los lugares, en un área extensísima... sin encontrar nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que tuvimos suerte al encontrar la maleta completamente vacía, dos millas más abajo, junto a la carretera y en medio de un montón de zarzas.

—¿Entonces?

—El desdichado tipo que tú viste robar el dinero debió entregar la maleta a un motorista, ya que encontramos las huellas de la moto en la cuneta de la carretera, sobre el barro. El motorista debió entregar, a su vez, el paquete que contenía la bomba.

—Pero...

—La cosa está clara. Después de un robo como ése, podíamos esperar una solución perfecta del culpable: hacer creer a la policía que el dinero se había quemado, desapareciendo su autor al mismo tiempo, con lo que el caso quedaba definitivamente cerrado.

—¡El muy canalla!

—Por eso tenemos que buscar a todos los que manejó para este robo. He repasado los hechos y he llegado a reconstruirlos de la siguiente manera: una mujer dio un escándalo, con un ataque que atrajo a todos los empleados: ella era uno de los peones del juego. El cajero corrió, como los demás, a auxiliarla, "pero dejó la ventanilla abierta", cosa que hace que las sospechas caigan sobre él. Luego estás tú, que dejas entrar y salir al tipo de la maleta.

—Sí.

—Seis, por lo tanto. Pero debe haber alguien que enlace esos eslabones. Y eso es lo que quiero saber.

—¿Y si acudieron, como yo, a la casa de Harlem?

—Es posible, pero me extrañaría. Estoy tentado a pensar que tu caso fue especial, distinto a los demás. Tiene que haber más gente: estoy seguro.

—Y ¿qué ganarás encontrándola?

—¿Qué quieres decir?

—Que, como en mi caso, todos habrán oído hablar a ese hombre a través de un micrófono, como tú has descubierto, y para cambiar la voz. Y si no le has visto nunca... ¿cómo encontrarle?

—No lo sé, Rogers. Pero debe de haber algo, un detalle, alguna cosa que nos "retrate", en cierto modo, a ese hombre.

—No va a ser fácil.

—Ya lo sé, pero apenas si acabamos de empezar. Esta tarde voy a hablar con el cajero y, si la encuentro, con la mujer.

—Eso es fácil. Los agentes debieron tomar su dirección cuando se dieron cuenta de que habían robado el dinero. La identidad de todos los que estaban en el banco fue anotada.

—Mejor. Eso me evitará dar vueltas inútiles.

—¿Me dejarás que te ayude, verdad?

—Ahora no, Rogers... Tú debes seguir trabajando, como si nada hubiera ocurrido, así evitaremos que nadie se dé cuenta de mi presencia. Pero te prometo que cuando le haya descubierto... te llamaré.

Rogers cerró los puños.

—No lo olvides, pequeño... es lo último que quiero hacer en esta vida. Se lo he prometido a Thelma.

—Lo comprendo.

CAPÍTULO VIII



UFF salió titubeando del ascensor, que se movía inquietamente bajo su peso, cerrando la puerta metálica de un golpe. Y mientras la caja descendía, por su túnel de enrejado, el hombre avanzó por el pasillo, apoyándose en las paredes y tambaleándose, como si se hubiera encontrado en la cubierta de un buque que capease una tormenta.

Finalmente llegó ante la puerta de su casa. Con la llave en la mano tanteó hasta encontrar la cerradura. Dando un suspiro de plena satisfacción abrió la puerta, sin molestarse luego en cerrarla.

Había un minúsculo vestíbulo y luego un corto pasillo que conducía al salón de la casa. Recorrió aquel camino cómo pudo, desembocando de golpe en el *living*.

Allí, entornando los ojos, miro sin dar crédito a lo que veía, con una expresión de sincero asombro.

Katy estaba allí, ante el espejo del armario que por no caber en la habitación de dormir había sido colocado en el salón. Pero no fue la muestra corriente de coquetería de su esposa lo que le llamó la atención, sino lo que ella llevaba puesto y que, a pesar de la intensidad de su borrachera, comprendió enseguida que se trataba de un abrigo de visón.

—¿Eh? —acertó a decir, sin lograr expresar su asombro de otra manera.

Ella se volvió, sorprendida a su vez, ya que no le había oído llegar. Por un momento, el desprecio de siempre se pintó en su rostro, pero luego hubo una sonrisa, quizá nacida de la inmensa alegría que ella experimentaba en aquel momento.

—¿Te das cuenta de esta maravilla, Duff? ¡Un abrigo de visón legítimo!

Él avanzó unos pasos.

—¿De dónde lo sacaste?

Ella se encogió de hombros.

—¿Y eso qué importa? —dijo, con una punta de orgullo, sin dejar de mirarse en el espejo y acariciar, con la mejilla, el alto cuello de la prenda—. ¡Es mío! ¡Van a morirse de envidia todas las que han estado riéndose de mi tanto tiempo...!

Duff se había acercado, con una extraña sonrisa en los labios. Cuando estuvo a su lado, tendió la mano, tocando la piel.

—¡No lo toques! —exclamó ella, retrocediendo un paso—. ¡Vas a ensuciarlo con tus puercas manos!

No pareció que aquellas palabras hicieran mella en el hombre.

Porque sin dejar de sonreír, preguntó:

—¿Cuánto puede costar una cosa así, Katy?

Aquella pregunta hizo que el orgullo de la mujer creciese. Y manteniéndose en su sitio, lo bastante alejada de su marido para que este no volviese a tocar el abrigo, repuso:

—No lo sé... pero por lo menos veinte mil...

—¡Veinte mil! —exclamó él, con una sincera expresión de sorpresa. Sus ojos brillaron con una nueva intensidad. Luego añadió—: ¡Es mucho dinero, querida! ¡Una verdadera fortuna!

Ella frunció el entrecejo.

Hacía años que él no la llamaba “querida”. Y ahora, de repente...

Le contempló, mirándole a los ojos, ahondando en ellos para descubrir la verdad. Pero, de repente, Duff se lanzó sobre ella, agarrando el abrigo con ambas manos.

Katy lanzó un chillido, como si le arrancasen el alma.

—¡Suelta, borracho! ¡Suelta!

—¡Calla, perra! Voy a vender esta piel ahora mismo... ¡veinte mil pavos! No tengo dinero ni ganas de trabajar.

Ella forcejeaba, desesperada, maldiciendo el momento de haberse dejado

sorprender con aquella preciosidad de abrigo. Y estaba dispuesta a defenderlo, fuera como fuese.

Sus dedos se lanzaron hacia el rostro de Duff, abriendo en la piel de él surcos sangrientos con las afiladas y largas uñas.

—¡Perra!

—¡Suelta!

—¡Voy a matarte! —rugió él.

Y fue en aquel momento cuando una voz tranquila sonó junto a la puerta del salón:

—¡Quietos!

Duff se separó de su mujer, volviéndose ante el hombre que estaba allí y que ninguno de los dos enfrascados en la pelea, había oído llegar.

—¿Quién es usted?

—Policía.

Duff se volvió hacia Katy y mirándola con desprecio, exclamó:

—¡Imbécil! Consigues robar algo bueno, y fíjate: te descubren enseguida.

—¡Yo no he robado nada! Este abrigo es mío...

Fred, que había, contemplado la escena de la pelea, leyó en los ojos de la mujer una decisión que, bien pensado, podía utilizarse.

—Nadie va a quitarle "su" abrigo, señora Larsen —dijo, con una sonrisa, subrayando adrede la palabra "su"—. Esa prenda le pertenece y sólo nos interesa saber quién se la ha dado. Si nos ayuda a encontrarle, podrá guardarla, ya que suponemos que ha sido adquirida normalmente.

Toda la desconfianza que había demostrado Katy al principio desapareció como por encanto.

Y con la mejor de sus sonrisas, dijo:

—Estoy a su disposición, inspector.

Le importaba un bledo que Charles pagase sus deudas con la ley. Desde el momento que aquel "caballero policía" le permitía guardar su precioso tesoro, lo demás automáticamente dejaba de interesarle.

—¿Quiere acompañarme, por favor? —inquirió Fred, dándose cuenta de que acababa de ganar la primera fase de la partida.

—Ahora mismo, señor inspector.

Se colocó bien la prenda, que había quedado un poco desbocada por los tirones de Duff; luego, tras lanzarse una última mirada en el espejo, salió, precediendo a Fred, que la siguió, no sin dirigir a Duff, que se había quedado con la boca abierta, un gesto de despedida.

—Suba, señora —dijo Fred, abriendo la portezuela de la furgoneta que había alquilado.

Y una vez en marcha, hacia la Central de la Policía, preguntó:

—¿Quiere contármelo todo, por favor?

Ella no se hizo rogar, explicándole su primer encuentro con Charles, las promesas de éste, su extraña petición y después lo del banco, su falso ataque, su segundo encuentro con Charles y la entrega que éste le hizo del abrigo y

algunos vestidos.

—¿Reconocería usted a ese hombre, verdad?

—Desde luego. Pero oiga, inspector, ¿no irán a castigarme por lo del desmayo en el banco, verdad?

—No le harán nada si colabora usted con nosotros, ayudándonos a descubrir a ese Charles.

—¡Cuente conmigo!

Doce minutos más tarde penetraban en la Central de la Policía, yendo directamente a los sótanos, a la sección de archivos, donde Fred preguntó por el jefe.

Instantes después un hombre pequeño, con lentes y rostro pálido, quizá por la estancia en aquel lugar cerrado, y de unos cincuenta años de edad, apareció por una puerta lateral, mirando a la pareja con ojos inquisitivos.

—Soy Fred Brody —dijo el joven—. Agente de la Spacial International Police. Me ha sido encargado un caso y quisiéramos que usted nos ayudase.

El otro sonrió, con simpatía.

—¡Naturalmente! ¡Un agente de la SIP! ¡Vaya sorpresa! ¿Qué es lo que desea, señor Brody? Aunque ese nombre... ¿no será usted el hermano del sargento Brody, verdad?

—En efecto, soy su hermano.

La sonrisa se borró del rostro del otro.

—Estuve la otra mañana, en el cementerio, como casi todos nosotros. Créame, señor Brody, que lamento lo ocurrido.

—Muchísimas gracias, señor...

—Me llamo Willie Talbot.

—Bien, señor Talbot. Esta señora desearía consultar los ficheros fotográficos. Estamos buscando a un hombre que está relacionado con el robo del banco del Trabajo.

—¡Ah! —miró a la mujer—. Si usted me le describiera, señora, es muy posible que ganásemos tiempo. No es por vanagloriarme, pero poseo, quizá por costumbre, una memoria que se sale de lo común.

Katy describió al hombre elegante, con gran profusión de detalles.

Willie sonrió.

—No creo que perdamos ni un minuto. ¿Quieren esperarme aquí?

Volvió a penetrar por la minúscula puerta, que parecía haber sido hecha a su medida.

Y Katy preguntó:

—¿Cree que lo encontrará sin que me enseñe la foto, inspector?

Fred dijo:

—Si es cierto que la memoria que posee es tan buena...

Cinco minutos más tarde, el hombrecillo apareció con una ficha en la mano. Su sonrisa expresaba claramente su seguridad en el triunfo.

—¿Es éste, señora?

Katy dio un grito.

—¡Sí! ¡Es él! ¡El mismo, aunque menos elegantemente vestido!

—¿Quién es ese tipo, señor Talbot? —preguntó Fred.

—Un descuidero sin importancia. Robaba bolsos y carteras en el metro... ¿Cree usted, verdaderamente, que un tipo así tenga algo que ver con lo del banco?

—Estoy seguro, aunque no sea él a quién buscamos. Pero podrá conducirnos hasta la cabeza, de eso no dude usted un momento. ¿Dónde puedo encontrarlo?

El otro le facilitó todos los datos: domicilio y lugares que el carterista frecuentaba.

Una vez en la calle, Fred llamó un taxi, pagando el importe de lo que costaba llevar a Katy hasta su casa.

—Muchas gracias por su cooperación, señora Larsen. Pero le aconsejo que no se meta en estas aventuras. Haré lo posible para que la policía no la moleste, aunque creo que la citarán como testigo.

Katy exclamó:

—¡Nunca volveré a hacerlo, señor inspector!

Fred no perdió el tiempo.

Subiendo a su coche, después de echar una melancólica mirada a los varios objetos que se amontonaban en su parte posterior, se dirigió a las señas que el hombre de los archivos le había dado.

Tuvo que dejar el coche antes de llegar, ya que la estrechez de las calles de aquel sucio barrio le impidieron proseguir, por lo que recorrió a pie el resto del camino.

Cuando se detuvo ante la casa en la que habitaba Charles, dióse cuenta de que Talbot, el de los archivos, tenía razón al no creer que un hombre capaz de habitar un lugar tan miserable jugase un papel en el robo del banco.

Pero Fred sabía que aquel hombre podía conducirle hasta el otro: hasta el misterioso personaje de la casa de Harlem.

Charles vivía en el último piso y Fred hubo de subir una interminable escalera, llena de un desagradable olor a fritos. Aquel barrio estaba habitado casi enteramente por portorriqueños, que vivían en una promiscuidad espantosa.

Se detuvo ante la puerta, respirando como un fuella. Luego, dándose cuenta de que aquella estaba abierta, la empujó suavemente, penetrando en el interior de un cuartucho único, de dimensiones reducidas y amueblado insuficiente y pobremente.

No tuvo que buscar mucho.

Charles Senverlin yacía en medio de la habitación. Un tajo enorme le cruzaba el cuello, casi cercenando la cabeza.

* * *

El hombrecillo estaba inquieto, moviéndose sin cesar en su asiento, sin dejar de mirar las fotos que Talbot hacia desfilar ante él.

De pie, junto a la mesa, Fred fumaba su sexto cigarrillo.

Todas las fotos eran de mujer, y desfilaban ante los ojos del cajero del banco las controladas por la policía de Nueva York. Casi todas ellas eran bonitas e iban excesivamente pintadas, como correspondía a su profesión.

Harry Olmer las miraba, una a una, haciendo un esfuerzo por encontrar en alguna los rasgos de la maldita Shirley, que le había engañado de aquel modo. Tampoco, hasta el momento, había recibido dinero alguno. Pero después de leer en la prensa que el ladrón había muerto, al incendiarse su coche, poca confianza tenía —ninguna en realidad— de llevar sus ahorros más allá de los diez mil créditos que había conseguido a costa de sacrificios y privaciones.

Continuaban pasando las fotos sin obtener ningún resultado.

Había ya un montón al lado derecho del hombrecillo. Y el montón de la parte izquierda, que Talbot había sacado de un fichero metálico, iba disminuyendo deprisa.

Fred estaba impaciente.

Después del fracaso con Charles, cuyo silencio había sido "pensado" por aquel hombre, que seguía en la sombra, sólo la muchacha que había servido de cebo para el cajero podía conducirle a alguna parte.

Después de observar la última fotografía, Harry exclamó:

—Lo lamento, señores... pero ninguna de estas muchachas es la que andamos buscando.

—¿Está usted completamente seguro, señor Olmer? —inquirió Fred, cuyo entusiasmo había bajado a cero.

—Seguro —repuso el hombrecillo.

Talbot, que estaba volviendo a meter las fichas en su recipiente metálico, frunció el entrecejo.

—Lástima, señor Brody, que no pueda ayudarle en esta ocasión. Con las mujeres soy mucho menos fisonomista que con los hombres. Y éstas son todas las fichas que tenemos...

—¿Y si no fuese una mujer de esas? —inquirió Fred.

—No sé —repuso el de los archivos—. Es difícil pensar que una muchacha decente se prestase a una comedia como esa. Claro que podríamos echar una ojeada a las "fichas verdes".

—¿Qué es eso?

—Las fallecidas.

Fred se encogió de hombros.

—De poco nos serviría si estuviese muerta, aunque nada perdemos por intentarlo.

—Un momento.

Salió, volviendo poco después con unas cuantas fichas que, esta vez, estaban unidas por un elástico. Las desplegó, colocándolas ante el cajero, sobre la mesa.

—¡Es ésta! ¡Es ésta! —exclamó Harry, casi inmediatamente.

Fred se apoderó de la ficha, mirando la foto. Se trataba de una muchacha deliciosamente bonita, con unos ojos de hermosura poco común.

—¿Está usted seguro? —inquirió al cajero.

—¡Esa es Shirley, señor inspector!

Y Fred, mirando a Willie y entregándole la ficha, preguntó:

—Está muerta, ¿verdad?

El hombre consultó los datos.

Luego repuso:

—Murió anoche, señor Brody... su cuerpo está aún en el Depósito de Cadáveres, en este mismo edificio.

—¡Vamos a verle, señor Olmer!

—¿Eh?

El cajero había palidecido intensamente y, al ponerse de pie, se puso a temblar como si tuviese fiebre.

—Vamos —insistió Fred—. Sólo será un momento. Deseo que la identifique seriamente.

—¿Quiere que les acompañe? —inquirió el de los archivos.

Fred dijo:

—No hace falta, muchas gracias. Vamos, señor Olmer.

Tuvo que coger al cajero por el brazo, llevándoselo, casi a rastras. El Depósito estaba situado en el sótano y no tuvieron más que recorrer medio centenar de metros para hallarse ante la puerta de entrada.

Una vez dentro, el empleado se acercó a ellos y Fred le mostró la ficha que llevaba en la mano.

—¿Está aquí?

—Sí. Síganme, por favor.

La sala estaba repleta de estantes automáticos. El hombre de la Morgue tiró de uno de ellos, descubriendo el cuerpo de una mujer joven.

Harry retrocedió, horrorizado.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Es ella?

—Sí... pobrecilla... pobrecilla...

Y, en verdad, causaba lástima ver aquel cuerpo escultural que, a la altura del cuello, había sido casi completamente separado de la cabeza.

CAPÍTULO IX


OGERS conducía solo.

Su compañero de patrulla se había puesto súbitamente enfermo, una vez comenzado el turno, y Rogers lo había dejado en su casa, diciéndose que por aquella noche podría hacer él el trabajo solo.

Había cenado con su hermano, y comentaron la marcha de la investigación. Fred le había explicado amargamente los fracasos de sus primeras investigaciones.

"Es horrible —había dicho su hermano—, aunque se explica ese afán del principal culpable por eliminar a los que fueron sus cómplices. Su proyecto de matar estaba claro, puesto que empezó con Robert Saltt, haciéndole volar en el coche. Quizá después pensó que podía vivir tranquilo, pero algo debe temer cuando ha eliminado a Charles y a la muchacha...".

"¿Crees que pensará en mí?", había preguntado Rogers.

Y Fred, con una sonrisa, repuso:

"No lo creo. Tú no le viste y es casi seguro que las dos personas que han muerto tengan un conocimiento más profundo de ese hombre del que tú tienes...".

"¡Ojalá venga por mí!", había exclamado el policía.

Y en eso, precisamente, pensaba ahora. En la posibilidad de que el culpable de la muerte de Thelma apareciese dispuesto a eliminar a aquel testigo molesto que era él.

La casualidad, de que aquella noche su patrulla debiera hacerse en Harlem le daba ahora la impresión de que la suerte, que tan absurdamente le había vuelto la espalda, se mostraría ahora más comprensiva, complaciéndole por lo menos en ayudarle a vengar la muerte de Thelma.

No acababa de comprender que su hermosa mujer hubiera desaparecido. Y cuando estaba en casa, solo, ya que Fred corría de un lado para otro, en busca de una improbable pista, él, Rogers, permanecía horas enteras sentado junto al lecho donde la había descubierto aquella mañana...

Encendió un cigarrillo, deteniendo el coche ante la casa donde había visitado al misterioso personaje que transformó tan profundamente su vida.

Una rara intuición le hizo apearse del vehículo, cruzando la calle para detenerse ante la puerta del bar. Éste había sido cerrado y no costó mucho a Rogers violar la débil cerradura que había en la puerta.

Entró, cerrando tras sí.

La oscuridad era completa y no se oía absolutamente nada. Un acre olor a humedad flotaba en el ambiente.

Encendiendo su linterna, Rogers paseó el haz luminoso por la estancia, viendo que las sillas y las mesas habían sido agrupadas en un rincón y que el resto estaba desnudo, con el suelo sucio y lleno de papeles, como si el dueño del bar, al abandonarle, no hubiera tenido tiempo de realizar la más somera limpieza.

La puerta estaba allí, al fondo.

Recordaba la noche que penetró en aquella habitación, sin saber que iba a labrar la perdición de Thelma. Rogers avanzó, despacio, sin dejar de iluminar la puerta por la que había entrado para entrevistarse con la "voz" del hombre al que odiaba más en el mundo.

Se detuvo ante la puerta, completamente absorto en ideas melancólicas, mezcladas con una insaciable ansia de venganza. Luego, extendiendo el brazo, tocó la madera, notando que cedía. Significaba que la puerta estaba solamente entornada.

Y fue entonces, al empujarla con suavidad, cuando un quejido llegó hasta él.

Su mano derecha retrocedió, yendo en busca de la pistola, que empuñó con fuerza.

Luego terminó de abrir la frágil puerta de un puntapié.

La linterna barrió la estancia, observando que mesa y lámparas habían desaparecido —como ya había comprobado Fred en su anterior visita—, pero ahora había algo que hizo que Rogers se estremeciese de pies a cabeza.

Un hombre yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Tenía una herida en el pecho, ya que su camisa estaba casi empapada por completo. Y el rostro vuelto hacia Rogers, con los ojos cerrados por la luz cegadora de la linterna, movía los labios, quejándose débilmente.

¡Pero Rogers le había reconocido!

Por eso, guardando el arma, se arrodilló junto a él, dejando la linterna en el suelo, pero quitando el foco de los ojos del moribundo.

—¡Peter! —exclamó.

Porque era Peter Miller, un miembro de la Brigada Criminal de la ciudad.

—¡Peter! —insistió.

El hombre abrió los ojos, mirando fijamente al policía que estaba arrodillado a su lado.

—¡Rogers!

Le había reconocido y el policía se alegró.

Luego, levantando un poco la cabeza del herido, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha sido? ¿Cómo estabas aquí?

Hubo un silencio, mientras Peter reunía las pocas energías que le quedaban.

Hasta que después, con un movimiento también de labios, pronunció:

—Ha sido... Alan... Alan... es... el... culpable...

—¿Alan? ¿Te refieres a Alan Hicks?

—Sí...

—Pero... ¿es él el culpable?

—Sí...

—¿El jefe...?

—Yo... —balbució Peter— soy... uno... uno... de... ellos... pero... Alan... es... es... es... el...

No dijo más.

Su cabeza cayó a un lado y Rogers comprendió que había muerto.

Se puso en pie.

¿Alan Hicks?

Parecía imposible, ya que Alan, era uno de los policías más considerados de toda la ciudad, un hombre cuya hoja de servicios estaba llena de menciones honoríficas.

Pero las palabras de Peter habían sido claras y él no podía dejar de creer en ellas.

Abandonó la casa, cerrándola cuidadosamente. Su deber era comunicar enseguida lo ocurrido. Pero sus dedos se limitaron a acariciar levemente su transmisor de radio.

¿No sería mejor contarle aquello a Fred, ya que era él quien se cuidaba del caso?

Sí, no cabía duda de que su hermano sabría utilizar aquel detalle. Una vez en su casa y cuando le hubiera relatado a Fred lo ocurrido, podría llamar a la Central para que el equipo de la criminal se presentase donde yacía el cadáver.

Hizo que su coche alcanzara la máxima velocidad de que era capaz. Por suerte, la circulación había disminuido mucho y así consiguió llegar a su domicilio, situado al norte de la ciudad, en muy poco tiempo.

Dejó el coche a la puerta, penetrando en tromba en la casa.

—¡Fred! —llamó, en cuanto hubo abierto la puerta.

Nadie le contestó.

Pero al penetrar en salón, después de dar la luz, hallóse con una nota sobre la mesa central.

Era un mensaje de Fred:

“Querido Rogers:

“Salgo para Washington donde voy a hablar con Callowan. Conozco ya la identidad del culpable, pero he de pedir permiso para detenerlo. He pensado que es mucho mejor que ese hombre, que hasta ahora ha estado al lado de la ley, conozca lo que es esperar la hora de la ejecución. ¿No te parece que una venganza personal no nos conduciría a nada?

“Mañana estaré de vuelta.

“Un abrazo de tu hermano,

FREDˮ.

Rogers arrugó el papel entre sus dedos convulsos, arrojándolo después despectivamente al suelo.

—¿Conque esas tenemos, eh? —inquirió, en voz alta—. ¡Estás loco, Fred, si crees que mi corazón destrozado puede perdonar y despreciar la posibilidad de una venganza! ¡Estás completamente loco!

Lanzó una carcajada.

—Pero tú ignoras, pequeño, que tu hermano, sin ser de la SIP, ha tenido la suerte de conocer, al mismo tiempo que tú, la identidad del culpable... ¡Por algo no has puesto su nombre aquí! ¿eh pillo? Me conoces lo suficiente para saber que no se escaparía si yo supiera su nombre... ¡¡Y lo sé, hermano!! Así, mientras tú pierdes el tiempo en Washington, yo voy a demostrarte que Thelma hizo bien en fiarse de mí para que la vengase...

Permaneció unos segundos meditando.

Luego, precipitándose al teléfono, murmuró, mientras marcaba el número de la Central:

—Creo que he tenido una buena idea... —y cuando le contestaron, desde el otro extremo de la línea—: Soy Brody —dijo— y tengo un mensaje importante para el inspector Hicks... ¿Saben dónde puedo hallarle?

La voz le dijo:

—Un momento, por favor.

Esperó, mordiéndose las uñas.

Después oyó la voz de su comunicante:

—El inspector anda de patrulla especial con Peter Miller. Su coche es el 303 y su señal de recepción “Onda”.

—Muchísimas gracias —dijo Rogers, colgando.

Salió de la casa, cerrando de un portazo.

Y una vez en el coche, murmuró:

—¿Conque con Peter Miller? ¡Pobre Peter! Pero no te preocupes, bandido... ¡vas a pagarlas todas juntas!

Puso el vehículo en marcha, y esperó estar más cerca del centro de la ciudad para detenerse y poner la radio en marcha.

—“Azul” llama a “Onda”... —dijo, repitiendo aquella frase unas cuantas veces.

Otro coche de patrulla le contestó:

—Aquí, coche 121. Hemos visto al 303 hace muy pocos minutos.

—Tengo que ver al inspector con urgencia. ¿Por dónde iba?

—Cruzaba la Sexta Avenida, a la altura de la 35 Este.

—Gracias.

Lanzó el vehículo, como una tromba, hacia aquella parte de la ciudad. Pero después de recorrer el sector, no vio al 303 por ninguna parte.

Volvió a utilizar la radio, nervioso y desesperado.

Pero esta vez tuvo suerte. Y tras algunas interferencias, consiguió por fin ponerse en contacto con Alan Hicks.

—¿Qué quiere, Brody? —inquirió el inspector.

—Tengo que darle un mensaje personal, señor.

Alan preguntó:

—¿Y no puede dármelo por radio?

—Imposible, señor. Me han ordenado que se lo dé de viva voz.

Hubo una pausa. Y Alan concretó:

—Bien. Voy hacia Times Square... reúnase allí conmigo.

—¡A la orden, señor!

Una sonrisa de triunfo entreabrió los labios de Rogers.

"¡Por fin te tengo, granuja! se dijo a sí mismo, mientras se lanzaba rápidamente por las desiertas calles—. ¡Y ahora no te escaparás!

Cuando llegó a Times Square, el 303 estaba ya allí, en la esquina opuesta.

Rogers maniobró hábilmente, hasta detenerse junto al coche de Hicks.

No había un alma en la amplia plaza.

Descendiendo del vehículo, Rogers se aproximó a Alan.

—¡Buenas noches, inspector!

—¡Buenas noches, sargento! ¿Qué es lo que deseaba decirme?

Pero Rogers, echando una ojeada al coche vacío de Hicks, dijo:

—Me dijeron que Peter estaba con usted, señor.

—Así es. Le he dejado a la altura de la 35 Este. Después usted me llamó con urgencia. ¿Qué es lo que trae para mí?

Rogers cerró los puños, envarándose.

—Justamente, señor, el recado que traigo es de Peter Miller.

—¿Eh? ¿Bromea?

—No. He estado hablando con él hace un rato.

Los ojos de Alan adquirieron un brillo amenazador.

—¡Es imposible!

—¿Usted cree? Lo encontré en una casa de Harlem... muriéndose. Pero tuvo tiempo de decirme...

No terminó.

Alan había sacado la pistola y le apuntaba.

Una sonrisa helada se asomó a sus labios.

Dijo:

—¿Se cree muy listo, eh, sargento? Es muy posible que el tener un hermano en la SIP se le haya subido a la cabeza.

Rogers no podía contenerse más.

—¡No te salvarás, canalla! ¡Vas a pagar todo lo que has hecho!

—No corramos tanto, Brody. No creo que estés ahora en situación de vengarte... aunque ignoro de qué hablas.

—¡Ignorar! ¿Es que has olvidado que hace menos de una semana enterré a mi esposa?

—Ya lo vi. ¡Muy conmovedor!

—¡Canalla!

—No seas idiota, Rogers. Si es que quieres vivir un poco más, ya puedes empezar por decirme lo que te comunicó Peter.

—No me importa decírtelo: Peter me dijo que tú eras el jefe.

Alan lanzó una carcajada.

—¿El jefe? ¿El jefe de qué?

—Ya lo sabes. Tú engañaste a todos, utilizando a las personas de la misma manera que me utilizaste a mí... aprovechándote de nuestras debilidades y confusionismo.

—Muy interesante. ¿Y crees que alguien dará crédito a tus palabras?

—Naturalmente. Además mi hermano Fred sabe también que eres el culpable.

—¿Tu hermano de la SIP?

—Sí. Fue a Washington a pedir permiso para detenerte, ya que pertenecías a la policía. Pero yo no quiero que vayas a prisión: ¡voy a matarte con mis propias manos!

La pistola de Alan se alzó un poco.

—¡Cuidado, idiota! No olvides que me estás poniendo nervioso y que tengo unas ganas locas de dar gusto al gatillo...

—¡Dispara si eres hombre! Seguro que al pobre Peter le mataste por la espalda...

—¿Peter? ¿Crees que era inocente? Formaba parte de la banda, como todos nosotros...

—¡Eso es mentira!

Alan se encogió de hombros.

—¿Tú qué sabes? Eras un policía limpio, con un historial de primer orden... pero tenías una mujer morfinómana...

—¡Calla!

—¿Te duele, eh? ¿Te hace daño que uno de tus vergonzosos secretos sean conocidos? ¡Pues eso es lo que nos ocurre a todos, imbécil!

—No vuelvas a nombrar a Thelma, o me lanzaré sobre ti, sin hacer caso de esa pistola.

—Estás lo suficientemente loco para hacerlo. Lo sé. Pero no creas que voy a dudar en apretar el gatillo.

—No tengo miedo.

—Así hablaron muchos antes de morir... estúpidamente. Escucha, Brody: yo no soy responsable de lo que dices...

—¡Basta de mentiras! Tú eres el único culpable y engañaste a todos, incluso a Peter, diciéndole, seguramente, que eras otra víctima del misterioso personaje de la calle de Harlem.

—Muy ingenioso, pero no es verdad.

—¡Basta, Alan! Voy a detenerte en nombre de la ley. Y empezaré a avanzar dentro de unos instantes... ¡Guarda la pistola!

Alan exclamó:

—¿Has perdido la cabeza? ¿Te has empeñado en morir de una manera idiota?

Rogers no dijo nada.

Se quedó mirando, con una fijeza impresionante, a Hicks.

Luego, de repente, dio un paso hacia adelante.

—¡Párate, Rogers!

Pero el policía siguió avanzando.

Y entonces la primera detonación se dejó oír, al tiempo que Brody giraba sobre sí mismo como una peonza y notaba un dolor espantoso en el hombro derecho.

Cayó después, doblado sobre sí mismo, pero perfectamente consciente. Y mientras se desplomaba, logró sacar su pistola.

Alan, que había retrocedido unos pasos buscando refugio tras la aleta de su propio coche, disparó de nuevo al ver que su contrincante estaba armado.

Una quemazón indecible penetró en el vientre de Rogers.

Ahora sabía que estaba herido de muerte y que jamás saldría de aquella. Y la rabia y el odio le dieron fuerzas para girar velozmente el cuerpo, disparando sobre la cabeza visible de Alan.

La detonación le ensordeció.

Alan, con la cabeza destrozada, se desplomó hacia adelante, chocando contra el suelo y salpicando a Rogers con su sangre y masa encefálica mezclada.

Luego quedó inmóvil.

Incorporándose un poco, Brody contempló el cuerpo de su enemigo.

—Estás vengada... Thelma...

Una triste sonrisa asomó a sus labios.

—Lo único... que lamento... es haberme adelantado... a Fred... Pero tú, amor mío...

El dolor era tan irresistible que tuvo que llevarse ambas manos al vientre, sintiendo que la sangre se escapaba a raudales entre sus apretados dedos.

Dijo:

—Pronto estaré contigo...

Hacía esfuerzos enormes por permanecer despierto. Pero un sueño invencible hacía que los párpados le pesasen como plomo.

—Esta... ré con...

El sueño de la muerte le iba venciendo.

Poco a poco, incapaz de permanecer sentado, fue dejándose caer hacia un

lado, dulcemente, hasta que quedó echado sobre el suelo de la plaza, entre los dos coches.

A lo lejos, una sirena se dejó oír.

—¿Ves... querida... ya vienen... ya vienen...?

Un estremecimiento agónico le recorrió el cuerpo. Había muerto.

CAPÍTULO X



la mañana siguiente Fred bajó del intercoehete que le traía de Washington, con plenos poderes.

Había dejado su coche, su célebre furgoneta, en el apareamiento del astródromo y después de abandonar el recinto, dirigió el vehículo hacia la ciudad, ansioso por llegar a la casa de su hermano.

Pero cuando detuvo la furgoneta ante el hotelito, frunció el ceño al ver a un agente de la policía ante la puerta.

—Soy Fred Brody —dijo—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—El inspector Walter está ahí dentro, señor. Él se lo explicará.

Fred penetró en el interior de la casa, preso de gran inquietud. Y una vez en el salón, después de estrechar la mano del inspector Walter, éste contó al joven lo ocurrido.

Fred tuvo que sentarse.

—¡Rogers muerto!

—Hemos encontrado este papel arrugado en el suelo, señor. ¿Lo escribió

usted, verdad?

—Sí... ahora me explico lo ocurrido.

—Descubrimos también el cuerpo del inspector Peter Miller en una casa de Harlem. Es el final.

—Entonces, ¿cree usted que Alan era el culpable?

Pero Fred no contestó por el momento.

Levantándose, con el papel arrugado en la mano, se quedó mirando un punto invisible en la pared.

Luego, volviéndose al inspector, dijo:

—Tengo que hacer unas diligencias, Walter, antes de dejar zanjado este asunto. ¿Estará usted en la Central?

—Desde luego.

—Bien. Adiós.

Abandonó la casa de su hermano, volviendo a subir en el coche.

Su corazón estaba lleno de amargura.

Conduciendo despacio, fue rememorando todo el asunto. Y comprendió entonces la cruel e inhumana tela de araña que un hombre sin escrúpulos había tendido sobre la ciudad.

Acercándose a la Central, penetró en los sótanos, yendo a ver el cadáver de Rogers que estaba allí, al lado de los de Alan y Peter.

Fred exclamó:

—Hermano mío... ¿por qué te precipitaste? En realidad, siempre fuiste así... vehemente, impulsivo... Y quizá por eso te admiraba yo tanto. Para mí, Rogers, fuiste el héroe invencible, el hombre que me guió, cuando era sólo un niño. Y yo quería ser como tú, porque eras mi modelo... mi más maravilloso modelo...

Una voz le sacó de su ensimismamiento. Del doloroso soliloquio.

—Crea que lo lamento, señor Brody.

Se volvió.

Y sonriendo a Talbot, dijo:

—Muchas gracias, amigo mío. Precisamente iba a verle para comprobar unos datos en unas fichas.

—Estoy, a su disposición.

Fred echó una postrer mirada a su hermano.

—Vamos —dijo.

Momentos después, sentado en el despacho de Talbot, frente a él, ojeaba las fichas que le había pedido.

Pero había sacado antes unas cartulinas del bolsillo, con un nombre en cada una y las tendió, junto a las otras, sobre la mesa.

—Aquí los tenemos a todos —dijo. Y señalando de derecha a izquierda—: Katy Larsen, Shirley Smith, Harry Olmer, Robert Saltt, Rogers Brody, Charles Senverlin, Alan Hicks y Peter Miller... He aquí a todos los personajes de esta tragedia, señor Talbot.

Y después de una pausa, añadió:

—Veamos qué tenían entre sí estas personas para ser elegidas como lo fueron.

—¿Qué quiere usted decir, señor Brody?

—Que todos tenemos un rincón sucio en la conciencia. Pero estos lo tenían más agudo que la generalidad de los seres humanos. Empecemos por la señora Larsen.

“Katy Larsen vivía con un marido borracho, un etílico que debe seguir haciéndole la vida imposible. Yo supongo que un día, un granuja descuidero, de nombre Charles Senverlin, debió encontrarse con ella en el metro o en un autobús. Resultado: Charles le robó el bolsillo, pero no encontró nada de valor en él.

“Charles era un granuja, pero tenía la misma costumbre de todos los carteristas: no les interesan los documentos personales, sino el dinero que puede haber en el bolsillo de sus víctimas.

“Por eso, nuestro hombre pensó en devolver la documentación de la señora Larsen. Pero no hay que olvidar que Charles era un tipo desgraciado y pobre y que, seguramente aquel día, no tenía ni el dinero suficiente para enviar los papeles de identidad a su víctima. Fue, por lo tanto, a pie, pensando que podía entregarlo a la portera o pasarlo por debajo la puerta. Optó por esto último y tuvo ocasión de conocer una de las famosas peleas de los Larsen...

—No veo relación alguna...

—Espere, amigo mío. Lo importante es que Charles conoció a Katy, su vida, sus deseos de tener un abrigo y su marido borracho. Poco después, Charles fue llamado por alguien que le demostró tener una prueba de uno de los delitos que más avergonzaban al carterista. Ese “alguien” le demostró que le tenía en la mano y hablando se enteró de lo de la señora Larsen, ordenando a Charles, que no haría otra cosa sino obedecer, que “preparase” a la dama, con el fin de asignarle un papel de comedianta, para actuar en el lugar que luego se le precisaría.

—Muy interesante.

—Desde luego. Pero ese “alguien” poseía ya algunas víctimas en sus manos. Así cayeron dos honestos policías que habían tenido la debilidad de sentirse humanos en una desgraciada ocasión. Alan Hicks fue pagado por una banda, para cerrar el ojo acerca de ciertas actividades ilegales de sus miembros.

Talbot preguntó:

—¿Y Peter?

—Miller tenía una novia y perdió la cabeza, cogiendo un collar, que después de todo era... “más vistoso que valioso”.

—Ya veo.

—Si estudiamos ahora el caso de Shirley Smith, veremos que la suerte de esa muchacha depende directamente de Alan que, como recordará usted, pasó una larga temporada en la Brigada de Moralidad. Hicks conocía a casi todas las muchachas de vida fácil y sabía, mejor que nadie, cuál podía ser utilizada

en ciertas circunstancias.

—¿Y Robert Saltt?

—El caso de este pobre muchacho es de los más tristes: arrepentido sinceramente de lo que había hecho, se encontró, nada más salir de la cárcel, con un doble crimen sobre las espaldas... un doble crimen que no había cometido.

—¿Quién mató a la pareja?

—Alan y Peter. No podían hacer otra cosa. Pero Robert era un ladrón hábil y podía ser utilizado fácilmente. Lo que no sabía el pobre era que su vida iba a ser tan corta... Le recogieron la maleta y se la cambiaron por un paquete que encerraba su muerte y el camuflaje del robo.

—Entiendo.

—Habiendo analizado el caso de Shirley, hemos estudiado, al mismo tiempo, el del cajero Olmer. Sólo queda mi hermano... Sí. Rogers era un policía íntegro. Tuvo un accidente que le alteró física y moralmente, creando en él un complejo de inferioridad que iba a hacerle mucho daño... Su matrimonio con Thelma Koch pareció demostrarle que no tenía razón alguna de sentirse inferior... pero él ignoraba una cosa...

—¿El qué?

—Huérfana de madre, Thelma vivió cinco años al lado de su padre, que padecía un cáncer que lo llevó a la tumba. Ella era su hija y enfermera. Joven, alocada, después de la muerte de lo que más quería, buscó, en medio del dolor que experimentaba, un poco de paz en las inyecciones que sin interrupción había estado poniendo a su padre. Fue un momento de inconsciencia. Pero usted sabe que una vez se mete la droga en la sangre, es difícil privarse de ella.

“Mi hermano debió buscar, en los medios de los traficantes, lo que calmaba a su esposa. Así, ese “alguien” se enteró de ello, utilizándolo en el momento preciso para sus siniestros planes.

—Debe ser cierto.

—Y lo es. Vea usted, señor Talbot, que en todos los casos se ha utilizado la misma causa: la debilidad humana, esos defectos o pecados de los que estamos íntimamente avergonzados y que, por nada del mundo, desearíamos lo supiesen los demás.

—Así es...

—Cualquier chantajista, por poco abierto de sesera que sea, sabe que ésa es la base de su sucio negocio: descubrir interioridades poco agradables para la persona que las sufre y explotarlas. Quizá, de todos los personajes que han desfilado en este caso, Katy Larsen parezca una excepción, pero no lo es...

—¿No?

—No. Ese “alguien” supo utilizar el deseo humano a lo que puede sernos prohibido. Igual ocurrió con el cajero... Se explotó, en aquélla, el ansia de un lujo que no podía permitirse y en éste el deseo que ya no tenía lugar en un hombre viejo.

“Todo esto demuestra una habilidad enorme en el criminal, un profundo conocimiento de la psicología humana. Examinando fríamente las cosas, podríamos llegar a descubrirnos ante un hombre de esa categoría.

—Es verdad.

—Naturalmente. Pero como siempre ha ocurrido, ocurre y ocurrirá, los hombres listos, demasiado listos, pecan de eso... de serlo demasiado. Y lo que parece increíble, se produce. Porque esas mentes, completamente absortas en los detalles de un plan criminal, olvidan pequeños, ínfimos detalles que terminan por ser su pérdida.

—¿Olvidó algo nuestro curioso personaje?

—Sí. Una cosa fundamental.

—¿Cuál?

—Sencillamente, que llegaría el momento en que alguien se preguntaría cómo se había procurado esos datos, cómo conocía las interioridades de la vida de unos hombres que en los casos de Alan, Peter y Robert Saltt, debían estar fuera de su alcance.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ese hombre, borracho de orgullo, olvidó la existencia, en la SIP, de fichas secretas sobre todos los agentes del orden en el mundo. Así, fueron nuestros agentes quienes descubrieron las anomalías en las vidas de Alan Hicks y Peter Miller.

—Entiendo.

—Esas fichas, que se guardan celosamente en les archivos de la SIP, son copiadas y destinadas a los archivos de cada policía, donde quedan para que, en un determinado momento, pueda conocerse el detalle de un hombre que defiende la ley, pero que posee algunos antecedentes que hay que tener en cuenta, aunque su hoja de servicios aconseja no deshacerse de él.

—Es cierto.

—De esa manera, si hay que encargar ciertas misiones delicadas, se repasa antes el fichero secreto, enviado por la SIP, y donde se consignan los detalles interesantes.

—Lo sé.

—Eso fue lo que olvidó nuestro hombre, señor Talbot. Olvidó que sólo una persona que tuviese acceso a los archivos podría haber urdido un plan tan siniestro.

Las manos de Talbot se movieron insensiblemente, hacia el borde de la mesa de su despacho.

—¡No se mueva, Talbot! —rugió Fred, sacando la pistola que había tenido hasta entonces sobre las rodillas.

El otro estaba pálido, mordiéndose los labios, nervioso.

—¿Cómo se orientó al principio? —inquirió.

—Usted mismo me dio la pista. Cuando vine a verlo, primero con la señora Larsen y luego con el cajero del banco. La mujer le hizo reconocer a Charles, aunque usted se lo sabía de memoria.

"Resultado: cuando llegué a casa del carterista, ya era demasiado tarde. Igual ocurrió con la muchacha, que usted se apresuró a quitar de en medio antes de que yo ahondase en la memoria del cajero.

—No podía permitirme riesgos.

—¿Quién mató a Charles Shirley?

—Alan. Era el más decidido de mis amigos. Tenía un miedo horrible a que se supiese que había estado vendido a una banda de *gangsters*.

—Comprendo. ¿Y Peter?

—Alan no se fiaba de él. Desde que mataron a la novia de Robert y a Lewis, Peter estaba nervioso y hablaba de presentarse al comisario y contarle la verdad. Alan me convenció... porque yo le prometí partir los beneficios y hacerle mi socio para el próximo golpe, que ya estaba preparando.

—¿Con los archivos, verdad?

Una luz de orgullo feroz surgió en las pupilas del hombrecillo.

—Estoy encerrado aquí desde hace muchos años —dijo—. Yo también soñé con ser un policía como su hermano, como Alan, como Peter o quizá como usted. Pero en mi primera misión y cuando debía cubrir a un compañero, salí corriendo, presa de un pánico indecible...

Hizo una pausa. Luego añadió:

—Me tacharon de cobarde y estuvieron a punto de expulsarme. Todos me miraban con desprecio. Conseguí, no obstante, colocarme aquí, a las órdenes del anterior jefe de archivos. Y desde aquí empecé a odiar a todos los que me miraban con asco... ¡Hasta que descubrí sus secretos! Entonces me di cuenta de que ellos eran los más débiles y yo el más fuerte.

—¡Está usted loco!

—Puede que sí. Pero les he demostrado ser más listo que ellos, que toda la policía junta. Desde la habitación de arriba de aquella casa, con el micrófono, les impresionaba con una voz tajante y ronca que el aparato me prestaba.

"Y veía sus rostros —¡los rostros de los valientes!— palidecer, sudar profusamente, temblar entre mis manos como yo deseaba verlos...

Fred comprendía ahora todo el malsano odio que aquel hombrecillo cobarde había almacenado en el ambiente sombrío de los sótanos de la Central. Un odio oscuro, profundo, un odio de araña que iba tejiendo su malévola tela.

Se puso en pie.

—Vamos, Talbot: la comedia ha terminado.

El otro obedeció, encogiéndose de hombros.

—No me importa lo que pase —dijo—. Yo ya he demostrado ser el más fuerte.

—Es un error, Talbot —dijo serenamente Fred—. Usted también ha sido víctima de una debilidad, de un complejo de cobardía... Usted cayó en las redes de araña que tendía usted mismo.

Willie escupió, con desprecio, el rostro del agente de la SIP.

EPÍLOGO

Fred estaba junto al director de la penitenciaria.

Y desde allí vio a Talbot, que se acercaba, entre dos guardianes.

Se detuvieron un instante.

—Willie Talbot —inquirió el director—. ¿Tienes algo que decir?

Talbot levantó su rostro fatigado, repleto de arrugas, con los ojos sombreados por grandes ojeras.

—Estoy contento de lo que he hecho —repuso—. Y si tuviera una nueva ocasión, lo haría otra vez.

—Vamos.

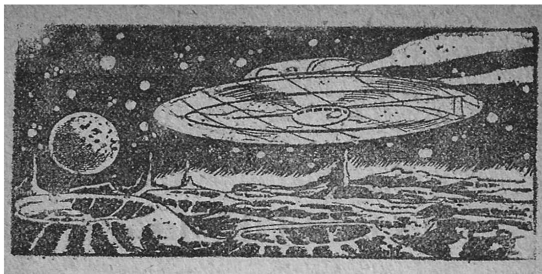
Fred le vio penetrar en la Cámara Electrónica. Luego vio al técnico que oprimía un botón rojo. Un chispazo azul cruzó la estancia de cristal.

Fred se alejó.

Unas horas más tarde detenía su coche a la entrada del cementerio de Nueva York. Dentro, se detuvo ante una tumba en la que se había colocado una nueva lápida:

“Aquí yacen Rogers y Thelma Brody.
Que descansen en paz!
Su hermano Fred no los olvida...”





COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
39.— ¡Muerte fosforescente!.— *Johnny Garland*
40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
45.— Policía podrida.— *Alan Star*
46.— El planeta negro!— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!.— *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!.— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!.— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— W. Sampas

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Charles fue llevado a la cámara electrónica...

¡Y LA SIP SABÍA QUE AQUEL HOMBRE ERA INOCENTE!

TRAMPA PARA CABALLEROS

La mejor garantía de diversión la ofrece el nombre del autor: ALAN STAR.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos